

LAS ESTRELLAS NOS ATACAN

CLARK CARRADOS

Las estrellas nos atacan

Clark Carrados

Espacio El Mundo Futuro/055

CAPÍTULO PRIMERO

A unos cuantos millones de kilómetros de distancia, perdidos en la negrura del infinito espacio, había unos seres que nos miraban con no muy buenas intenciones. Pero yo, ni nadie, ni ningún otro ser terrestre lo sabíamos, por más que lo intentamos, a ciencia cierta.

Nos creíamos solos, cuando menos en el interior del Sistema Solar; pero esa no era la realidad.

Creíamos ser los únicos seres con inteligencia en aquel diminuto rincón de nuestra Galaxia; la Vía Láctea; pero no era verdad.

Otros seres estaban junto a nosotros, otros seres dueños de una terrible inteligencia, seres decididos a todo, con tal de lograr sus siniestros propósitos.

Pero la raza humana vivía tranquila y confiada, ignorante de la terrible amenaza que sobre ella se cernía, y lo que menos podíamos imaginarnos es que, como quien dice al alcance de la mano, teníamos a alguien que nos estaba buscando con el fin de eliminarnos más o menos científicamente.

Conocíamos todos los menores rincones de nuestro Sistema; pero desconocíamos lo que había fuera de él. Y lo seguimos desconociendo; somos unos torpes aprendices, que apenas si hemos logrado desentrañar el misterio de los viajes entre los planetas. Pero...

¿Qué hay mas allá de Plutón, el último globo del sistema?

Los últimos descubrimientos en materia astronómica nos dicen que «Próxima Centaurii», la estrella que se halla en la Constelación del Centauro, a casi cuatro años y medio de luz de distancia, es muy parecida, incluso en tamaño, a nuestro Sol.

Esto hace pensar que muy bien puede ser el centro de otro sistema idéntico al nuestro, con varios planetas girando a su alrededor. Estos planetas, algunos de ellos cuando menos, pueden reunir unas condiciones mínimas de habitabilidad, de tal modo que en ellos pueda desarrollarse una vida inteligente. Sin embargo, en el momento actual, y todavía han de pasar muchos años antes de que se consiga, no hay medio de confirmar tales suposiciones.

En primer lugar, porque cualquier viaje interplanetario consume una cantidad enorme de tiempo: 146 días a Venus; casi tres meses a Marte; dos años y 266

días para llegar a Júpiter... Naturalmente, hablo de viajar hasta los planetas de la única forma que hoy podemos hacerlo, dado el tremendo lastre que supone el no poder disponer de combustible en cantidades ilimitadas; hay que arrancar desde la estación espacial y una vez establecida la órbita más económica, dejarse llevar por el impulso hasta las proximidades del planeta al cual se va, efectuando únicamente pequeñas correcciones de rumbo, que suponen un consumo mínimo de combustible.
Por lo tanto, ¿cuánto tiempo tardaríamos en llegar a la Próxima Centaurii? Tendríamos que disponer de un aparato que viajara a la velocidad de la luz y aún así el viaje nos costaría casi cuatro años y medio.
Obvio es, pues, señalar, que no sabemos nada de lo que ocurre fuera de los límites de nuestro sistema. Aun conociendo, como conocemos, prácticamente todos los planetas del mismo, seguimos ignorando si es cierta la antigua afirmación de que más allá de Plutón hay un décimo planeta. Y es que, imposible de encontrar por medios ordinarios, no ha habido valiente que se arriesgase a pasar una docena de años viajando por el espacio en su busca y así tratar de confirmar tan antañona suposición.
Pero, sin embargo, había otros seres inteligentes con nosotros, dentro del Sistema Solar. Venían «a por nosotros», y nosotros lo ignorábamos. Es más: vivíamos tan felices en nuestra rica y sabrosa ignorancia.
Y así empieza la historia: cuando esos seres, que a su debido tiempo recibirán su nombre, empezaron a dar señales de vida.

* * *

Con un suspiro de satisfacción, empecé a despojarme de la ropa.
Cuando toda ella hubo caído a mis pies, me metí debajo de la ducha.
Media hora más tarde, vestido únicamente con los pantalones del pijama, me senté, dispuesto a dar cuenta de un suculento desayuno, preparado por mi cocinilla automática en tanto que me bañaba y afeitaba.
Particularmente, en los últimos tiempos había tenido un trabajo intenso. Había sido un trabajo duro y arriesgado; aquellos contra quienes había luchado no se paraban en barras cuando se encontraban con algún obstáculo y, si uno no se apartaba, lo hacían ellos. Lo malo es que yo no me aparté, y como un vulgar héroe de película, salí triunfante y la banda de contrabandistas de «syrtina» quedó desarticulada. El que no murió se encuentra ahora tras los muros de New Sing Sing.
Cuando terminé el desayuno, abrí una cajita que tenía al alcance de mi mano, llena de «syrtina». Dudé si me tomaría o no unos cuantos granos de aquella sustancia de color rojo marrón.
La «syrtina» es una planta que crece de preferencia en las inmediaciones de la Gran Syrte, y muy escasamente fuera de dicha área, en Marte, y por ello es que ha recibido dicho nombre. Sus granos son muy parecidos, en tamaño y forma, a los del café, aunque infinitamente más livianos.

La «syrtina» tiene una gran cantidad de propiedades, buenas, bonísimas la mayoría de ellas, y por eso es que se paga tan caro un gramo de dicha sustancia.
¿Caro? No digamos tonterías.
Mi sueldo como investigador al servicio de la S. T. es tal que si lo pescase el Secretario de Marina lanzaría aullidos de júbilo; con eso está dicho todo. Buen sueldo, ¿eh? Pues bien: no tendría con él ni para un gramo de «syrtina».
Las principales aplicaciones de la droga están en el campo de la medicina. Está concluyentemente demostrado que es un poderoso agente anticanceroso, con el cual se han salvado casos irremediablemente perdidos, a los cuales no había causado el menor alivio la aplicación de la bomba de cobalto. Fácil es, por lo tanto, comprender cuán apreciada es la «syrtina» por los médicos, y no digamos por los enfermos.
Pero hay otra cosa que hace mucho más atractiva a la «syrtina» y es el empleo que de ella se hace para proporcionarse un buen lote de tiempo subjetivo.
Yo me echo a dormir todas las noches -¡ejem, ejem!, cuando puedo, naturalmente-, y lo hago durante siete u ocho horas de un tirón. A Dios gracias, en mi mente no existen complejos.
Pues bien, eso es lo que se llama tiempo objetivo. Pero, si me tomo siquiera un decigramo de «syrtina», me parecerá que son siete u ocho días los que transcurren en la más completa felicidad. Concentrar una semana durante siete horas es lo que se llama tiempo subjetivo.
Luego, uno se despierta tan campante, sin ninguno de los síntomas de torpor y pesadez que causan las otras drogas.
Las demás drogas, las que también proporcionan el tiempo subjetivo, en primer lugar, crean hábito, por todo lo cual se hace dificilísimo el desprenderse de la costumbre de tomarlas. Pero no para ahí la cosa.
Envejecen. No solamente transcurre el tiempo en la mente, sino en el cuerpo, y así la duración de la vida, para un «habitué» a cualquiera de dichas drogas, es infinitamente menor, porque literalmente la devora. En cambio, con la «syrtina» no pasa nada de eso.
Es lógico, pues, que los tripulantes de las naves que hacen el servicio regular con Marte, se traigan de matute grandes cantidades de la hierba y que incluso existan bandas de contrabandistas de la misma, lo cual les proporciona grandes beneficios. Naturalmente, si son perseguidos, no se están quietos y...
Pero no quiero hablar de lo que pasé para localizar a la última banda de contrabandistas de «syrtina». Habíamos quedado en que estaba pensando, frente a la cajita abierta, si tomar un par de granos y dormir durante un par de semanas, cosa que buena falta me estaba haciendo.
En el último tiroteo que sostuvimos con los matuteros, me había apoderado de la cajita que uno de ellos tenía, y me la guardé sin decir nada. Jamás se me había ocurrido introducirme en los nirvanas del tiempo subjetivo y ahora, la verdad, vacilaba. ¡Era tan sencillo...!
Apreté los dientes y cerré bruscamente la cajita. La cogí entre mis dedos y me

dispuse a tirarla por el incinerador, junto con la vajilla ya vacía del desayuno. ¡Al diablo el tiempo subjetivo! Cuando se es joven y se tiene la mente sana y limpia, lo único que hace falta para dormir es sueño; lo demás se da por añadidura, porque, a falta de lecho, un pedazo de suelo nunca falta.
Prendí un cigarrillo y me puse en pie. Iba a hacer lo que había pensado, pero entonces sonó el intercomunicador.
Solté un bufido. Pero acabé por pulsar el botón y al momento el caballuno rostro de la señorita Garden apareció en la pantalla.
—El jefe le necesita, señor Tenafly... —e instantáneamente lanzó un chillido que hizo vibrar escandalosamente el deslustrado vidrio de la pantalla.
Se tapó la cara y los ojos.
Solamente entonces me di cuenta de que estaba semidesnudo. Sin dejar de refunfuñar, me coloqué la chaqueta del pijama y, un poco más presentable, volví frente al aparato.
—Ya puede mirar, señorita Garden. ¿Qué tripa se le ha roto al pirata?
—Se dice señor Drake —me corrigió ella, puritanamente.
—Es lo mismo. ¿No sabe que tengo dos días de descanso? ¿Se da cuenta? Dos días que le han dolido como si le sacaran una muela a martillazos. Dígaselo y...
—El señor Drake le necesita con urgencia, señor Tenafly —repitió con exasperante monotonía aquella cara de caballo.
—¡Pues que llame a Satanás! Yo me voy a dormir —y pegué un manotazo al botón de comunicación, dejando a la secretaria de mi jefe con la palabra en la boca.
Echando pestes por la inoportuna interrupción, me dirigí a la mesa, arrojando todo lo que en ella había por las abiertas fauces del incinerador. Bueno, todo no; a última hora me arrepentí y guardé en uno de los cajones de mi mesa de escritorio el bote con la «syrtina». Y me tumbé en la cama, solamente para levantarme escasamente cinco segundos más tarde.
Antes de contestar a la llamada, dudé si pegar un tironazo al cable del visoteléfono y quedarme así incomunicado. Con un suspiro de derrota, me entregué.
El maravilloso rostro de Kitty Bridge apareció en la pantalla.
—Hola, grandullón —me saludó—. ¿Para cuándo es la cena que me prometiste?
—Esta noche no, nena —repuse—. Estoy muy cansado y...
—¿No sabes que los caballeros nunca dicen que no a las damas?
—¿Qué damas? —inquirí, mordaz, y los brillantes ojos verdes de Kitty echaron chispas.
—¡Yo! ¡Yo soy una dama! ¿O es que lo dudas?
—Bueno, bueno, no te pongas así. Estoy muy cansado, bonita, y lo digo de veras.
En la carita de la muchacha apareció una mueca de decepción.
—Bien, supongo que tendré que arrojarme en brazos de la lectura. Adiós,

grandullón, y que te frían una bomba atómica.
—Y tú que te la comas —refunfuñé, cortando una vez más la comunicación.
Pero apenas había dado media vuelta tuve que empezar a contar hasta veinte; con diez no hubiera tenido suficiente.
Volví de nuevo al aparato. A su pantalla se asomó otra vez la chica.
—Dispensa, Zaky —me dijo—, se me había olvidado una cosa.
—¿Y bien...? —dije con lastimero acento.
—¿Has leído la última edición de los periódicos?
—Soy analfabeto, Kitty —contesté con gran cortesía.
—Oh, Zaky —se quejó la muchacha—; cuando te da por soltar coces, pareces un mesteño salvaje de los que salen en las novelas de Zane Grey. Contéstame, por favor, Zaky.
Me rasqué la cabeza.
—Pues no, nena; no he leído lo que tú dices. ¿Pasa algo de particular?
—No lo sé a ciencia cierta. Los periódicos andan muy reticentes. Pero hay algo que no marcha bien.
—Sí, las Naciones Unidas.
Kitty continuó sin hacerme caso.
—Hay algunos hechos que, la verdad, me dan mala espina. He llamado a la redacción del «Examiner» y allí me han contestado que no saben otra cosa que lo que han puesto en la columna de sucesos.
—¿Y eso es motivo para que me estropees el sueño, Kitty? ¿Volaron el puente de Brooklyn?
—No. Ha sido...
En aquel momento empezó a ocurrir un fenómeno muy curioso. Kitty seguía hablando, pero yo no oía su voz. Movía los labios e incluso gesticulaba, en silencio, como en los primeros tiempos del cine sonoro, cuando la imagen perdía la sincronización con la palabra. Luego el rostro de Kitty se hizo borroso y terminó por desaparecer.
Manejé los controles, en vano. Llamé a su casa, sin ningún resultado.
—Sí que es raro —mascullé. Después añadí—: Compadezco a la Compañía; la van a poner perdida de pleitos.
Encogiéndome de hombros y deseando en el fondo de mi alma que la avería durase un mes al menos, encendí el tercer pitillo y me fui a la cama. Ya lo había terminado e incluso había cerrado los ojos, cuando me senté en el lecho, alzando los brazos al cielo.
Los nombres de Alexander Graham Bell, inventor del teléfono, y los subsiguientes perfeccionadores de su artilugio, así como los que hicieran posible la televisión, no salieron muy bien parados del roción de palabras que les dediqué en tanto acudía al aparato.
Una vez más oprimí el botón, en tanto que con la mano izquierda tomaba el cordón de empalme, dispuesto a romperlo de un tironazo en cuanto hubiera acabado la conferencia. En verdad, estaba más que harto.
El pétreo rostro de mi jefe apareció en la pantalla. Era una cara de las que no

se olvidan jamás: dura, granítica, denotando al mismo tiempo una inteligencia y una decisión fenomenales, como había muy pocos hombres en nuestro planeta que la poseyeran. Pero, no sé qué diablos tiene que resulta, en medio de su fealdad, ciertamente simpática.
Sin embargo, en aquellos momentos, lo que menos sentía yo era simpatía hacia él.
—¿No le aplastó ningún camión? —dije urbanamente.
—A Dios gracias, no, Zaky. Anda, vístete pronto y ven para acá cuanto antes.
—No; estoy de fiesta.
—Un agente de Seguridad Total nunca está de fiesta, Zaky; no lo olvides.
—Ni tampoco tiene nunca la menor pizca de seguridad. Ni mental ni física. Debí estar chiflado cuando me alisté con ustedes...
Me interrumpí de repente, mirando aterrorizado a mi jefe.
—¿Qué te pasa, Zaky? —me preguntó éste.
—Oiga... —balbuceé—... Usted ha estado hablando de la Seguridad Total... a través de las líneas ordinarias...
La respuesta de Drake fue totalmente serena.
—Estás equivocado, Zaky; no funciona ninguna línea de comunicación en estos momentos. No sé lo que pasa, pero el hecho es que...
Mientras que mi jefe hablaba, recordé el incidente de unos minutos antes con Kitty.
—Entonces, ¿me está hablando por el canal secreto?
—Eso es, Zaky; y hasta ahora, que yo sepa, no se ha descubierto el modo de interferirlo.
—Veo entonces que la cosa está que arde, ¿eh?
—Así es, muchacho. Anda, date prisa; te necesito.
—Sí... creo que sí... —y de pronto inquirí—: ¿Alguna bomba atómica?
—No; date prisa —repitió tercamente el jefe.
—Bueno, no me irá a decir que hay marcianos y platillos volantes y que están aterrizando para conquistar la Tierra, ¿verdad?
Drake no contestó directamente, limitándose a apretar los dientes. Luego dijo:
—Quizá te parezcan pura fantasía; pero las palabras que acabas de proferir son las que más se acercan a la realidad.
—¡No! —grité.
Drake asintió.
—Casi sí, muchacho. ¿Vamos?
—Eso sólo pasa en las novelas de fantasía científica, jefe —lloriqueé—. Es como las leyendas de fantasmas...
—Ahora no hay leyendas que valgan, Zaky. Y si no vienes pronto, te tiraré yo mismo de las orejas.
—Sí, jefe, ahora mismo —y desconecté, sintiéndome hecho un puro lío mental.
¿Marcianos? Bueno, marcianos no, porque los únicos habitantes que había en Marte en aquellos momentos procedían de la Tierra. ¿Platillos volantes?

¿Naves extraterrestres? ¡Qué absurdo!
Y, sin embargo, no parecía tan absurdo, si empezábamos a pensar que todas las comunicaciones habían sido cortadas, cosa que quedaba harto demostrada por el hecho de que Drake hubiera tenido que utilizar el canal secreto para llamarme.
Esto sólo se hacía en casos apuradísimos. Ordinariamente, las llamadas se efectuaban mediante un código previamente convenido, por un modo normal, y en el cual nadie hubiera podido hallar nada sospechoso. Pero cuando Leo Drake se había arriesgado a utilizar el canal secreto para llamarme, era que la cosa iba en serio. Era cierto que hasta ahora no se había hallado el modo de interferirlo o anularlo, pero, ¿quién nos decía que un día no se encontrara dicho medio?
Profundamente pensativo, pues, olvidé mi cansancio y me vestí en pocos momentos. Debajo de mi amplia chaqueta, colocada en su enorme funda, mas no obstante hábilmente disimulada, coloqué la pistola destructora. Tal como estaba el asunto, no podía andarme con tonterías. Si era cierto lo que había insinuado el viejo, dispararía primero y preguntaría después.
¿Cómo serían aquellos seres? ¿Con apariencia humana? ¿O con tentáculos como los pulpos? También podían parecer paces con patas, cubierta su piel de repelentes escamas y siete saltones ojos en su descomunal cabeza. Todas las variadas formas de los personajes extraterrestres inventadas por los soñadores escritores de «science-fiction», acudieron a mi mente, en tanto que sonreía con dureza.
Que no se pusieran a tiro de mi destructora, cuando menos con intenciones hostiles, o si lo hacían, que me mataran primero. Mi puntería es fenomenal, y una bala salida de la destructora pulveriza a un hombre tan limpiamente como un obús de 155.
Me eché un paquete de cigarrillos al bolsillo, abrí la puerta de la casa, y acto seguido, abrí también la boca. No me faltaban razones para ello.
Un aparato caía sobre mí; al menos, entonces es lo que me pareció. Y aquel aparato no respondía a ninguna de las formas que yo conocía entonces.
Ni era un platillo volante, ni tampoco un cohete, ni mucho menos un avión a reacción. Pero tenía de las tres formas, y además unas aletas muy pequeñas, dos horizontales y una vertical. La verdad, a mí me pareció un avión dibujado por un colegial de cinco años.
Para que la cosa fuera más semejante posible, el artefacto, arrojando verdes llamas por unos tubos situados hacia su final, se detuvo a veinte metros de mí, sacando unas largas patas retráctiles que parecieron nacer instantáneamente de la pulida superficie de su rechoncho vientre, tan rechoncho como el de un sultán de la Arabia.
Una circular escotilla se abrió en su parte superior. Y algo empezó a salir por ella.
Entonces fue cuando me di cuenta de que tenía la boca abierta y la cerré. También llevé la mano a mi pistola, encañonando a la cosa que estaba

saliendo del aparato.
Pero todavía no habían acabado mis motivos de asombro. Rugiendo ensordecedoramente, otro aparato, hermano del anterior, se descolgaba del cielo.

CAPÍTULO II

Francamente, no puedo describir a la cosa que salía del extraño artefacto, jamás vista por ojos humanos, que yo supiese, y que acababa de aterrizar frente a mi casa.
Podría haberse dicho que era una foca si hubiese tenido aletas y bigotes; cuando menos, su piel era lustrosa y reluciente, además de oscura. Pero se movía con muchísima más agilidad que una foca, y, además... hablaba.
—¡Por favor, sálveme! —gritó—. ¡Quieren matarme!
—¿Eh? ¿Qué...?
La foca con patas, pues repentinamente le habían salido un par de ellas en la parte inferior, se dirigió hacia mí con fulmínea rapidez, rodeándome antes de que pudiera apercibirme a la defensa. Asomó su «cabeza» por encima del hombro.
—¡Por el rabo sarnoso de una vaca vieja, use esa pistola que tiene ahí!
«Ella» quería que yo usara la pistola. Y, ¿cómo demonios sabía que la tenía?
—¿Quién es usted, si se puede saber? —inquirí, dudando si echarme a temblar o ir en busca de un psiquiatra.
—Ahora no es el tiempo de explicaciones. Dispare, hombre de Dios, dispare.
Aturdido, con la mente hecha un puro lío, saqué la pistola. Y lo hice con harta oportunidad. El segundo aparato acababa de aterrizar y su escotilla, abierta, dejaba salir tres o cuatro focas con patas...
—Si no se da prisa, nos asarán a los dos —gruñó la que tenía a mis espaldas.
Alargué el brazo; pero la verdad, el punto de mira de la destructora bailaba el «rock and roll» ante mis ojos.
Las focas desembarcadas se detuvieron un instante, juntaron sus cabezas, discutiendo algo a la manera de los jugadores de rugby, y luego se dirigieron decididas hacia nosotros. Su actitud no era muy clara y, obedeciendo a una ley particular que yo gasto para mi uso exclusivo, sin importarme un ardite de lo que el pirata pudiera decirme, apreté el gatillo.
La primera foca desapareció en medio de una fragorosa detonación. Las otras se apartaron presurosamente, pero cuando la segunda se convirtió en humo, esparciendo repugnantes pedazos de su cuerpo por todas partes, las dos que quedaban iniciaron una presurosa retirada.
Puesto que se iban, ya no tenía necesidad de disparar contra ellas. Tampoco, sin embargo, tenía ganas de averiguar quiénes eran; a fin de cuentas, tenía una a mis espaldas que, si había buscado mi protección particular, no dejaría de ofrecerme su amistad.

Pero ésta seguía apremiándome:
—¡No las deje irse! —gritó, y en vista de que yo no la hacía caso, me quitó la pistola.
Y el aliento. Un segundo antes, ya había visto que sólo tenía cuerpo y dos patas. De pronto, de su cuerpo le brotó un brazo humano que me arrebató la pistola sin que, en mi estupefacción, opusiera la menor resistencia. La destructora comenzó a escupir fuego.
La tercera foca se disolvió en medio de un atronador estrépito. Pero era evidente que mi «compañero» -de alguna manera he de llamarlo, ¡diablos!- no estaba acostumbrado a aquellas armas y su puntería era harto deficiente.
Creo que si acertó a la foca fue más bien por carambola que por acierto. Pero, en todo caso, la mole del artefacto volador, a veinte metros de distancia, era algo grande y no podía errar. Disparó y disparó, sin alcanzar al cuarto bicho, que consiguió colarse en el interior del aparato y, después de cerrar la escotilla, emprender el vuelo.
Dejando tras sí un agudísimo silbido y un chorro de verdes llamas, escoltado por los disparos que le hacía la foca y que provocaban en él peligrosos tambaleos, el aparato se alejó en contados segundos de nuestra vista. Y sólo cuando hubieron pasado al menos dos o tres minutos y me hube rehecho de mi sorpresa, me di cuenta de que la destructora había pasado a mis manos otra vez y que aquel ser había desaparecido de mi vista.
Sentí de pronto la urgente necesidad de un buen trago. Tambaleándome como un beodo, penetré en la casa y me acerqué a la miniatura de bar que había en un rincón.
Estaba ya en el segundo viaje y me disponía a comenzar el tercero, cuando de pronto el vaso se me escurrió entre los dedos y, cayendo al suelo, se rompió en mil pedazos.
Me froté los ojos. No soy bebedor, pero, ¡caramba!, dos copas no le hacen ver a uno visiones como la que yo tenía ante mí en aquellos momentos.
Una mujer acababa de salir de mi dormitorio. Esbelta, delgada, pero sin un solo hueso a todo lo largo y ancho de su estupenda anatomía, que hubiera dado celos a la mismísima Venus de Milo, tenía un cabello negro, ala de cuervo, con azulados reflejos, y unos ojos que parecían dos insondables pozos, hermosos como jamás los había visto. El rostro era suavemente sonrosado, a excepción de la boca, roja pincelada de natural color, sin necesidad de afeite alguno.
Pero no era esto sólo lo que me había asombrado, sino su extraña vestimenta, porque aquel portento de beldad vestía a la moda de fines del siglo XIX, sombrilla incluida. No le faltaban ni las botitas abotonadas de tacón alto, ni el ridículo sombrerito lleno de flores y pájaros, echado sobre su encantadora frente.
—¿Qui... quién es... es usted? —tartamudeé cuando al fin la sorpresa me dejó hablar.
La sonrisa de la chica no podía ser más atractiva.

—Wryskwllmithtxszilm —me contestó. Bueno, si no fue eso lo que me dijo, se le parecía bastante; cuando menos yo he tratado de reflejarlo con la fidelidad posible.
Ya no lo dudé más. Volviéndome rápidamente así la botella y bebí largamente por el gollete, sin molestarme en utilizar el vaso.
—Repítalo —dije, y cuando lo hubo hecho, moví la cabeza.
—No; me siento incapaz de decirlo. ¿De dónde ha salido usted?
—Del aparato que tiene ahí afuera.
—¿Del...? Oh, no; lo que salió de ese platillo fue una foca con patas. Y mi no intente pegármela, ¿eh? ¿Qué película están haciendo?
—Por favor, Zaky, créame, se lo suplico —rogó, con dulcísima voz.
—¡Y sabe mi nombre!
—Claro; lo he leído en una fotografía que tiene ahí al lado.
Empecé a impacientarme y, para ganar tiempo, decidí encender un cigarrillo. Pero no encontré, nerviosísimo, las cerillas, por lo que ella se me acercó, alargando la mano. Surgió de pronto una llamita entre sus finos dedos y aspiré voluptuosamente el humo.
—¡Je! Bonito truco, ¿eh? Wryskw... o como se llame. ¿Puedo saber qué hace usted por estos andurriales?
—Me escapé de mi mundo. Esos seres contra los cuales usted disparó querían pescarme.
—¿Qué eran? ¿Del FBI de Saturno?
Ella sonrió.
—No le entiendo, Zaky.
Agité las manos.
—Buen, bueno, dejémoslo. Ellos la perseguían para cogerla. Todavía no me ha dicho quién es usted.
—Ya se lo dije —contestó, dando un patadita en el suelo.
—Ése no es un nombre cristiano —refunfuñé.
—Es el que corresponde a la princesa heredera del trono de los Wrysk —declaró altivamente.
—Ya; y si fuera un hombre diría que es Napoleón —contesté con sorna—. Hermanita, si se ha creído que puede tomarme el pelo impunemente...
—Pero si es verdad, Zaky. Yo soy... —y de nuevo tornó a repetir aquel imposible nombre. Luego añadió—: ¿Cómo convencerle, Dios mío?
—No me irá usted a decir que el traje de foca con patas fue un disfraz, ¿eh?
Una súbita chispa apareció en los labios de la joven. Se dio una palmada en la frente.
—¡Tonta de mí, y cómo no lo habré pensado antes! ¿Quiere que le pruebe lo que le digo?
Me apoyé negligentemente en el mostradorcito del bar.
—Adelante, Venus —dije.
Volvió a sonreírme de una manera particularmente encantadora y se metió en mi dormitorio, del que salió treinta segundos más tarde con una revista

ilustrada entre sus manos.
La hojeó apresuradamente y al fin lanzó un suspiro de alivio. Me miró acto seguido.
—Va usted a verlo ahora mismo, Zaky —y se inclinó.
Asió el borde de su larga e historiada falda y tiró de ella hacia arriba.
—¡Eh! —grité—. ¿Qué está haciendo?
Pero entonces me quedé hipnotizado. La falda desaparecía, así como las botinas, a medida que Wryskw... etcétera, tiraba de ella. Y cuando sus manos hubieron llegado por encima de la cabeza, abrí la boca.
La muchacha se había convertido en una explosiva «cover-girl[1] » cuya vestimenta era, aparte de dos blancas sandalias, unos «shorts» del mismo color y una estallante blusa roja sin mangas ni espalda. Una cinta del mismo color ceñía sus cabellos y el conjunto era para marear al hombre de nervios más templados.
—¿Qué? ¿Se va convenciendo, Zaky?
—No diga tonterías —gruñí, cuando me hube rehecho en parte de la sorpresa —. Es un número de prestidigitación muy bien hecho, pero...
Ella dio una patadita en el suelo.
—¡No haga que me enfade, Zaky, o tendrá que lamentarlo! ¡Yo soy la que le he dicho y todavía ignora usted mis poderes!
—¡Ya! —exclamé con sarcasmo—. Ahora me dirá que es capaz de cogerme y levantarme en vilo con un solo dedo, ¿no?
—¿Por qué no, Zaky? —y se me acercó ondulando de una manera harto turbadora.
De pronto me encontré en el aire, suspendido con un solo dedo, tal como había dicho. Chillé y pateé, intentando desasirme de aquella extraña presa, pero por más que lo intenté, no pude conseguirlo. Al fin con una sonrisa de satisfacción, Wryskw... me preguntó desde abajo:
—¿Qué, se convence, Zaky?
—Está bien, suélteme, princesa de los... de lo que sea. Le creo, pero déjeme bajar. Póngame en el suelo.
—Al instante, cariñito —sonrió la morena, y de pronto quitó la mano.
Se inclinó sobre mí, furiosa e irritada, en tanto que yo procuraba rehacerme, sin aliento, del fenomenal golpazo que había dado al caer repentinamente desde dos metros de altura.
—Esto por no haberme creído, Zaky —dijo.
Me puse en pie y levanté la mano.
—Está bien; le creo a usted, seño... princesa.
—Llámame de tú —dijo de pronto.
—Pero no Wryskw... sino otro nombre más sencillo.
Se encogió de hombros.
—Bueno, como quieras. Pero elígelo que sea bonito o te descuartizo.
Medité un momento, mirándola a ella con un ojo y al techo con el otro. Al fin dije:

—¿Te gusta Babette?
—Bueno; no está mal —repuso indiferente, y se acercó al bar—. Sírveme una copa, Zaky.
—Al momento, Babette.
Puse dos y chocamos los vasos.
—Donde fueres haz como vieres —dijo aquella sorprendente mujer; yo asentí.
—Una idea muy sensata. ¿De dónde vienes, chica?
—Ya te lo dije, Zaky. Del reino de los Wrysk, de cuyo trono soy la legítima heredera.
—Muy bien, muy bien —aprobé—. Y aquellos fulanos... ¿qué pretendían de ti?
Antes de contestar, Babette apuró su copa y me pidió un cigarrillo. Cuando hubimos encendido los dos por el mismo procedimiento de hacer brotar una llamita en el aire, cosa a la cual ya no di la menor importancia, me contestó:
—Quieren devolverme de nuevo a mi reino.
—Hombre, en principio, no está mal la cosa; a nadie le amarga un dulce.
—Es que lo mío no es dulce, sino amargo, muy amargo.
—No te entiendo, Babette.
—Ellos quieren que yo esté a su frente para iniciar la invasión.
—La invasión, ¿de qué?
—Toma, de la Tierra.
Abrí los ojos y empecé a relacionar cosas.
—¿De... la... Tierra...?
—Exacto, Zaky. Anda, dame otro trago.
¡Rayos! Para no haber nacido en nuestro planeta, según decía, soplaba que era un contento. Y no le hacia daño, no.
—Eso quiere decir que tú eres opuesta a tal intención, ¿verdad, Babette?
—Así es, Zaky.
—¿Cuáles son tus propósitos, pues, chica?
—Totalmente opuestos a los de ellos; es decir: iniciar unas relaciones amistosas y pacíficas con vosotros e intercambiar ideas y conocimientos para mejorar las vidas de todos los seres de ambos mundos.
—¡Bravo! —exclamé—. ¿Y qué más?
Me miró de un modo singular.
—¿Te parece poco? —refunfuñó.
Iba a contestarle, pero en aquel momento sonó la chicharra del visoteléfono.
—Dispénsame, Babette —dije.
Me fui hacia el aparato y ella me siguió.
La imagen de Kitty me pareció vaga y desvaída al lado de la de mi huésped.
—Hola, Zaky —dijo—. Al fin he conseguido volver a verte. No sé qué pasó con las comunicaciones, pero ya está todo arreglado. Estábamos hablando de lo que decían los periódicos...
Se interrumpió de repente, lanzando un chillido. Me asusté primero, aunque no tardé en hallar la causa de su ira.

Babette, curiosa como toda hembra, se había asomado por encima de mi hombro para ver la pantalla del aparato. Naturalmente, su imagen había sido captada por el objetivo y Kitty la estaba viendo en aquellos momentos.
Prorrumpió en denuestos.
—¡Bandido! ¡Sátiro! ¡Barba Azul! ¿Conque ése era el descanso que estabas tomando, eh? Aguarda a que eche la mano encima a esa pájara y le arrancaré la cabeza de encima de los hombros —tras de lo cual cerró abruptamente la comunicación.
—¿Quién es esa mujer tan bonita? —inquirió Babette.
—Pues...
—¿Te vas a casar con ella?
Me rasqué la cabeza.
—Hombre... casi, casi; aunque todavía no habíamos quedado en nada concreto. Pero todos nuestros actos parecían conducir a ese fin.
—Ah —murmuró pensativamente la chica y no dijo más.
Estaba escrito que el comunicador no iba a tener descanso aquella mañana. La iracunda cara de mi jefe apareció en la pantalla, anunciándome fieros males si no me reunía con él antes de una hora, cosa que le prometí.
—Y además tengo grandes noticias que darle —dije, cortando. Luego me volví hacia la morena—: Vamos, Babette; tenemos que salir inmediatamente de aquí.
—¿Adónde vamos, Zaky?
—A ver a mi jefe; me necesita con urgencia. Y tu presencia es necesaria.
Ella sonrió:
—Creo que te voy entendiendo. Muy bien, pues, Zaky; os ayudaré a luchar contra los Wrysk. Sé muchas cosas que vosotros ignoráis y que os harán mucha falta. Son, somos, mejor dicho, una raza despiadada, y si os declaran la guerra no tendrán compasión de nadie.
—¡Ca... nastos! ¡Vaya un panorama que me pintas, chica!
—Es la pura verdad. Tu jefe debe de ser un pez gordo, ¿no?
—Pues... sí. Pero, ¿cómo diablos sabes tantas cosas, Babette?
La escultural morena no perdía la sonrisa ni por un momento.
—La hora de las explicaciones vendrá más adelante, Zaky. ¡En marcha!
Pero cuando ya salimos, no pude por menos de exclamar:
—¡Alto! —y ella giró sobre sus talones.
—¿Qué ocurre, Zaky? —inquirió.
Alargué la mano:
—Así no puedes ir, nena; provocarías un escándalo y...
—Comprendo. Miraré a ver en la revista un vestido que me guste y...
—¡Un momento! —grité alarmado, temiendo no se fuera a vestir de Ricardo Corazón de León o cosa por el estilo—. Te lo elegiré yo.
Busqué uno modestito y decente, de amplio vuelo y discreto escote, con bolso, sombrerito y zapatos haciendo juego, y luego se lo enseñé.
—¿Te gusta?

—Precioso —asintió con un suspiro, y se «vistió» en otro suspiro, haciéndome parpadear de nuevo.
Dio una vuelta completa sobre sí misma con el aire y la gracia de la más profesional de las maniquíes, y dijo:
—Vamos, Zaky; empiezo a pensar que tu planeta me gusta mucho.
—Y a mí la princesa de los Wrysk —dije, cayéndoseme la baba.
Su artefacto volador estaba todavía afuera.
—Para pasar desapercibidos, iremos en tu automóvil, Zaky —y asentí, sacándolo de la cochera, en la cual encerró el aparato, no sin haberme dejado bizco al reducirlo de tamaño a la mitad, tras unas leves manipulaciones en su interior.
Atontado todavía, pero sintiendo a mi derecha el suave perfume que emanaba del cálido cuerpo de Babette, puse en marcha el monorrueda, encaminándome hacia la carretera federal número 46.
Cuando puedo encontrar un día o dos de descanso, yo vivo en el campo, en Paterson, al oeste del río Passaic, en una casita que heredé a la muerte de mis padres. Y allí era donde habían ido a caer aquellos condenados Wrysk.
La carretera federal era del último estilo. En lugar de estar construida sobre el suelo, estaba suspendida sobre éste, en un alarde de ingeniería, por colosales parejas de postes, situadas a cada doscientos metros y a una altura de cincuenta sobre el nivel del suelo. Su anchura sería de unos cien metros y, naturalmente, se alcanzaban en ella velocidades asombrosas.
Como iba con mucho retraso, di todo el gas posible al monorrueda, más parecido a un huevo con ventanas que a otra cosa. En poquísimos minutos alcanzamos el río y cuando estábamos casi sobre él, ocurrió algo horrible, como jamás habría creído de no verlo con mis propios ojos.
La carretera comenzó a derretirse.

CAPÍTULO III

El tráfico en la carretera era intensísimo. Miles y miles de vehículos de todas clases la recorrían en ambos sentidos, a tremendas velocidades.
La carretera empezó a ceder a cosa de un kilómetro de donde nosotros nos hallábamos. Era una cinta y como una cinta cayó.
Se curvó por dos partes, a ambos lados del centro en donde se hundía, fundiéndose, hacia el suelo. Los postes sustentadores se convertían en roja pasta de fuego que quemaba todo cuanto tocaba y la autopista, sin quebrarse totalmente, caía hacia abajo.
Los coches cayeron con ella. El automóvil que iba en el sentido del insólito e inesperado vencimiento, aumentó su velocidad a causa de la repentina pendiente que aparecía ante él, estrellándose al final contra el suelo, en donde, en colosales crujidos, la carretera se rompía donde no se había fundido aún. Aquellos que subían frenaron su marcha por medios naturales, pero como la

cinta de asfalto continuaba perdiendo altura, hundiéndose cada vez más y más, acababan por volcar y caer abajo, estrellándose e incendiándose la mayoría de ellos.
Apliqué salvajemente el pie al freno y solamente las correas de sujeción impidieron que nuestros rostros se machacaran contra el parabrisas. Cuando el monorrueda se hubo detenido, solté las correas y abrí la portezuela. En el lugar en que nos hallábamos, el piso vibraba sordamente, como siniestro preludio de su próximo hundimiento.
Sólo lo contemplé un momento.
—¡Babette, ven! —chillé, tirando de su mano, y saltando fuera del automóvil.
La chica me siguió sin rechistar. En un santiamén cruzamos la carretera y nos colocamos de pie sobre el pretil del puente.
Nos habíamos detenido exactamente sobre el centro de la corriente del Passaic. En un segundo había tomado la resolución para escapar al desastre.
—¡Salta, Babette! —y los dos nos precipitamos en el vacío.
El tiempo que tardamos en recorrer los cincuenta metros que nos separaban del río me pareció agónicamente largo. Al fin, con dos ruidosos chapoteos, nos hundimos en el agua.
Nuestra suerte fue la profundidad del Passaic en aquel punto. En lo que a mí se refiere, toqué el fondo con los pies, pero a pesar de todo, conseguí que Babette no se soltara de mí. Unos violentos talonazos nos devolvieron a la superficie y entonces nadamos hacia la orilla.
Todavía no habíamos llegado, cuando el puente se desplomó con atronador estrépito. La oleada que levantó en el agua aquel colosal montón de escombros nos ayudó a terminar el viaje, y cuando estuvimos en terreno sólido, me dejé caer sobre el césped, exhausto y jadeante.
Pero casi inmediatamente mi atención fue atraída por la catástrofe. La carretera continuaba hundiéndose.
A todo lo largo de su extensión, los postes se convertían en líquido al rojo vivo, y al ceder la sustentación, el gigantesco camino se desplomaba sobre el suelo, con todo cuanto sobre él había. Miles y miles de vehículos quedaron destrozados y el número de víctimas habidas en aquel siniestro fue asimismo elevadísimo.
Por todas partes se veían rojas llamaradas y negras nubes de humo, procedentes de los coches incendiados. Gritos y lamentos, junto con el fragor del hundimiento, cada vez más lejano a medida que se iba alejando, eran los ruidos que poblaban la atmósfera, harto estremecedoramente.
Me puse en pie, empapado, hecho una lástima. Alargué la mano para ayudar a Babette a incorporarse y entonces me di cuenta de que estaba fresca como una rosa, como si no hubiera llegado también al fondo del Passaic.
—¡Cuernos! —gruñí—. ¿Cómo te las has arreglado para secarte?
—Oh, arrojé el agua lejos de mí, Zaky. ¿Vamos?
Me rasqué la cabeza:
—Oye, nena; ignoro si tú eres un diablo disfrazado de ángel; pero, en todo

caso, ¿no podrías hacer lo mismo conmigo?
Sonrió y luego sopló. Instantáneamente desapareció de mi epidermis toda sensación de humedad, así como de mis ropas.
—Ya está —dijo—. ¿No es eso lo que querías, Zaky?
Me miré de arriba abajo.
—Un poco arrugadas han quedado... pero sirven —y acto seguido saqué la destructora.
Babette me miró temerosamente.
—No tengas miedo —dije—; solamente quería comprobar si se hallaba en buen estado... y si funciona.
Echamos a andar, dejando a nuestras espaldas el mayor cuadro de muerte y desolación que me ha sido dado presenciar en mi vida. De buena gana me hubiera quedado a ayudar, pero tenía que hacer algo más importante que el problemático salvamento de tres o cuatro vidas, que es a todo cuanto habría podido llegar mi esfuerzo.
Retrocediendo, llegamos al cabo de media hora a la calle Market.
Aullidos de sirenas se oían por todas partes. Patrulleras policiales, ambulancias y coches de bomberos se dirigían a toda velocidad hacia el lugar de la catástrofe, cosa que nos hizo dificilísimo el encontrar un taxi libre, pero al fin lo conseguimos.
Cuando el vehículo arrancó en dirección a Nueva York, me eché hacia atrás, suspirando, con un cigarrillo en la boca.
—Dame fuego, Babette —pedí, y cuando hube aspirado el humo, comenté—: ¡Cristo, qué carnicería! ¿Qué habrá podido pasar?
—Eso es cosa de Wryth... —y me largó otro nombre imposible.
La miré de soslayo.
—Oye, guapa, ¿quién es ese... como se llame?
—Es el jefe del Gobierno de mi reino, que pretende apoderarse de mí. Quiere lanzarse a la conquista de la Tierra, pero no está muy seguro de su posición en tanto yo no apoye sus propósitos con mi asentimiento a ellos.
—Belicista, ¿eh?
—Así es, Zaky. Y mucho me temo que, con mi permiso o sin él, consiga arrastrar al reino de los Wrysk a la guerra contra tu planeta.
—Lo cual quiere decir que, si juzgamos por lo que acabamos de ver, las hostilidades han comenzado ya, ¿verdad, Babette?
Ella movió su linda cabecita.
—No —sonrió tristemente—; solamente querían apoderarse de mí.
Aquello me sulfuró:
—Pues si, para pescarte a ti, se ha divertido destrozando una obra que vale millones y ha matado a miles de personas, cuyo valor no se calcula siquiera, entonces es que es un canalla redomado.
—Así es, Zaky; y lo malo es que no encuentra un mal rayo que lo parta.
—Pero, entonces, ¿por qué no intervienes tú y le pegas una patada? Si eres la princesa heredera...

—Pero, hablando en términos terrestres, no he cumplido todavía la mayoría de edad, Zaky, y mi padre, al morir, le dejó encargado a él del Gobierno. Nadie, si no soy yo, y las leyes de mi planeta lo impiden todavía, pueden desposeerle de su sinecura. Imagínate si no tendré ganas de poder enviarlo al diablo de una vez.
De repente acudió a mi mente una pregunta.
—Oye, oye, hermosa, ¿cómo es que hablas tú también nuestro idioma? Y, sobre todo, hay que ver las expresiones que usas, ¡caramba!
—Es que, ¿sabes?, en alguna ocasión se capturaron algunas naves vuestras y aprendimos el lenguaje y las costumbres de vuestro planeta de aquellos tripulantes.
—Así se comprende —murmuré pensativo—; allí no viajaba ninguna mujer, y el lenguaje de los viajeros espaciales dista mucho de ser un modelo de buen hablar. Pero, dime, hermosa, ¿dónde está vuestro mundo?
—A unos cuatro años y un tercio luz del vuestro. Es un planeta que forma parte del sistema de la estrella que llamáis Próxima Centaurii.
—¡Cuatro años y un tercio! —silbé, admirado. Y luego me enderecé—. ¿Habéis estado viajando durante todo ese tiempo?
—Oh, no, Zaky; los Wrysk conocemos el modo de movernos a través de la cuarta dimensión y así alcanzar velocidades increíbles que te dejarían estupefacto. En total, puede que el viaje desde Próxima Centaurii a la Tierra no nos dure ni un mes. De los vuestros, claro está.
Me sujeté con las manos la cabeza. Todo lo que me estaba pasando aquella mañana podía ser fantástico, pero no por ello dejaba de ser auténtica verdad.
—La cuarta dimensión —balbucí, inquiriendo a continuación—: Oye, Babette, ¿no podías meter a este zoquete de taxista en la cuarta dimensión a ver si en un par de minutos nos dejaba en casa?
—No —repuso ella muy seria—; solamente puede utilizarse tal modo de viajar cuando se halla el sujeto en el espacio y a bordo de aparatos especialmente construidos a tal fin.
Suspiré, derrotado:
—Creo que todo eso es demasiado para mí. ¿Y tu forma? ¿Cuál es? ¿La de foca con patas o... esta suculenta de ahora?
La chica me sonrió encantadoramente.
—En realidad, no tenemos forma. Adoptamos la que nos conviene en el momento oportuno.
De pronto me incorporé en el asiento, súbitamente alarmado por una terrible sospecha.
—Oye, Babette, puesto que tomáis la forma que más os conviene, ¿no me irás a salir ahora conque eres un hombre, eh?
Me tranquilizó al instante:
—Descuida, Zaky; en nuestro mundo hay diferenciación de sexos y allí soy lo que vosotros llamáis la hembra.
—¡Uf! —suspiré aliviado, pues no me hacía gracia que Babette se me

transformara de repente en un truculento y barbudo luchador de «catch-as-cas-can». Cuando menos en aquella forma se la podía mirar... y remirar. ¡Ya lo creo!
—Eso quiere decir, que sois de raza camaleónica, Babette.
—Yo diría mejor polimórfica, Zaky.
—Sí, así queda más elegante —y apenas si hablamos hasta que el coche nos depositó a la puerta de un inocuo edificio comercial.
El caballo que era la señorita Garden nos quiso detener, sin asombrarse mucho por el hecho de que yo llevase del brazo a una despampanante morena.
—El jefe está ocupado —dijo secamente.
—¿Ah, sí? Pues hay que dejar el paso libre a las tropas combatientes. Sobre todo cuando traigo noticias recién salidas del horno.
Empujé a Babette y nos colamos en el despacho del pirata, a pesar de las desesperadas protestas de «Cara de Caballo». El jefe nos miró irritadísimo por encima de sus gafas y luego, quitándoselas, agitó la mano. La persona que estaba con él se esfumó con loable rapidez.
—¿Qué diablo me traes aquí, Zaky? —gruñó—. ¿Acaso te crees que soy el gerente del «Folies»?
—En nombre de Babette, muchas gracias —repuse tan fresco, y luego empujé a la chica a un sillón, sobre el cual se sentó. Yo me apoderé de uno de los cigarrillos del jefe y encendiéndolo le eché descaradamente el humo a la cara.
Leo Drake alargó su velludo índice hacia mí.
—Escucha, Zaky: si te crees que por el simple hecho de ser el hijo de mi hermana te voy a consentir...
Miré al pirata y luego a la chica,
—Babette, demuéstrale a este fósil algunas de tus habilidades. Con moderación, ¿eh?
—Sí, Zaky —dijo ella, e instantáneamente se convirtió en un rugiente gato montés, que se subió a la mesa de un salto, erizados todos los pelos de su cuerpo y gruñendo amenazadoramente.
Tuve que sujetar la mano de Drake; de lo contrario me desintegra a Babette, la cual, acto seguido, se convirtió en una lánguida cobra, en un balador corderillo y en una sucia, gruesa y aceitosa mestiza india.
—¡Oh, no, eso no, Babette! —grité, desconsoladísimo, y ante mis apelaciones, ella recobró la forma que tenía al entrar en el despacho.
—Vi esas formas en uno de los libros que llevaban aquellos tripulantes de que te hablé —contestó sencillamente, volviendo al sillón.
Respiré hondo y vi a mi jefe al borde de un ataque de nervios.
—Hijo, ¿es cierto lo que he visto o estoy soñando?
—Nada de eso, tío —le dije afectuosamente—; Babette es así.
—Necesito un trago —lloriqueó, y se lo tuve que servir; él solo no habría podido.
Cuando se hubo repuesto un tanto, le expliqué pe a pa todo lo ocurrido. Al terminar, aquella fue una de las pocas veces que he visto el rostro de Drake

del color de la ceniza.
Sin embargo, no tardó en reponerse y ametrallar a Babette con preguntas.
—¿Dónde están ahora los Wrysk?
—Arriba, en el espacio.
—¿Muy lejos?
—Apenas a cien mil kilómetros de distancia.
—¿Cómo es que entonces nuestros aparatos no los han localizado?
—Nos hemos hecho inmunes a ello. Pasaríais a dos metros de una nave nuestra y no la veríais, de no consentirlo nosotros.
—¿Son muchas vuestras naves?
—No; pero suficientes para intentar con éxito una cabeza de desembarco.
—Tenemos armas muy poderosas, Babette —dijo Drake.
—Zaky ha podido ver el poder de las nuestras.
Recordando lo sucedido en la autopista federal número 46, no pude por menos de estremecerme.
Drake continuó:
—¿Cómo nos garantizas que estás a nuestro lado?
—A las pruebas me remito —dijo ella.
—¡Hum! ¿Quién sabe si sólo se trata de una añagaza? Y, en todo caso, ¿qué puede hacer una mujer sola contra un montón de Wrysk?
—Menos haríais si no tuvierais uno de éstos a vuestro lado —arguyó ella con toda lógica.
—Eso es cierto, jefe —murmuré.
—De todas formas, no me fío mucho. Naturalmente, tendré que dar parte, pero... ¡Rayos! Si os transformáis como os da la gana, entonces puede que los Wrysk anden sueltos por la ciudad.
—Yo creo que ya están en ella —contestó Babette tranquilamente, y mi jefe la miró de hito en hito.
—¿Y no hay manera de descubrirlos?
—Humanamente, no; sólo yo tengo la facultad de localizarlos por muy disfrazados que vayan. Y ellos a mí, naturalmente.
—Y si la ven, ¿qué le harán?
—Llevarme con ellos: es su propósito. Me necesitan para empezar la invasión de una vez.
—¿Y si no lo consiguen?
—Creo que a Wryth le será difícil, pero acabará convenciendo a todos; tiene muy buenos apoyos y les seduce la idea de esclavizar un mundo habitado.
—¿Y qué beneficio obtendrían con ello?
—Vivir en la Tierra. Este planeta es joven y lleno todavía de infinitos recursos, apenas explotados en una millonésima parte. El nuestro es viejísimo y próximo a agotarse. La vida se hará allí imposible dentro de muy poco y...
En aquel momento se abrió la puerta con terrible violencia. Kitty entró por ella como un huracán con faldas. (Ah, se me había olvidado decir que también ella pertenecía a la S. T.).

Durante unos momentos, un helado silencio reinó en la estancia.
—Hola, Zacarías —dijo Kitty al fin, sin quitar sus verdes ojos de Babette. Solamente me llamaba Zacarías cuando su enfado llegaba al rojo vivo—; te veo en muy buena compañía.
—Alto ahí, Kitty —gritó el viejo—. Sé dónde vas a parar y antes de que pienses nada malo, te diré que Zaky está de servicio.
Kitty sonrió tan siniestra como celosamente:
—¿Le proporcionas tú, viejo sátiro, tal clase de servicios?
—¡Kitty! —chilló el jefe, pero ella no le hizo el menor caso.
En voz muy baja, profundamente sibilante, dijo:
—Prometí arrancarle la cabeza si la veía contigo, Zaky, ¡y por Dios que lo voy a hacer!
Antes de que pudiéramos detenerla, se arrojó sobre Babette, la cual permanecía impertérrita, ligeramente sonriente. Temí que la morena hiciese alguna barbaridad, pero no se movió cuando Kitty metió sus manos en el negro cabello, junto a las orejas, tirando acto seguido de la cabeza.
En el mismo momento, Kitty cayó de espaldas, con sus largas piernas al aire. ¡Pero en las manos llevaba la cabeza de Babette!
Ésta, sin nada sobre los hombros, se levantó con tranquila parsimonia y se inclinó sobre la estupefacta Kitty.
—¿Me permite la cabeza, señorita? —dijo, y tomándola, se la colocó de nuevo sobre los hombros, sonriendo como si no hubiera pasado nada.
Kitty había quedado sentada en el suelo, con los ojos desmesuradamente abiertos. Los cerró de pronto, con un larguísimo suspiro, y se dejó caer hacia atrás, desmayada por completo. Y a Leo Drake le faltó muy poco para imitarla.

CAPÍTULO IV

Cuando salimos a la calle, el pirata ya tenía las instrucciones acerca de lo que tenía que hacer. Y nosotros, naturalmente.
Habían sido asignados dos agentes de la S. T. como escolta personal y continua, día y noche, de Babette. Esos dos agentes, obvio es el decirlo, éramos Kitty y yo.
Kitty ya se había repuesto de la terrible impresión que le causara el ver realizada su promesa al pie de la letra, y, afortunadamente, no necesitó de ningún discípulo de Freud para rehacerse.
Por otra parte, en medio de todo, no le desagradaba la misión de vigilar a Babette, porque así, no solamente la vigilaría contra los Wrysk, sino contra mí. Y esto era, precisamente, lo que no me hacía ninguna gracia. Pero no tenía otro medio que aguantarme.
—Iremos a mi casa —declaró Kitty, apenas pusimos los pies en la calle.
Me encogí de hombros; teniendo que guardar a la princesa, el dónde y el

cómo me era indiferente.
Los periódicos ya voceaban el desastre de la autopista federal con sangrientos titulares a toda plana. No quise ni leerlos; demasiado había visto. Por otra parte, durante mi estancia en la oficina del jefe había leído los periódicos a que aludiera Kitty en su primera llamada y me había enterado de varias cosas, entonces inocuas al parecer, y ahora íntimamente ligadas con la proyectada invasión de los Wrysk.
Visiones de platillos volantes; suspensión momentánea de las comunicaciones; insólitas e inexplicables explosiones, atribuidas a sabotajes o negligencias, tales eran los primeros síntomas de la llegada de los Wrysk, uno de cuyos mejores ejemplares iba entre Kitty y yo.
Aparentemente, no éramos más que un hombre afortunado y dos beldades. Lo de afortunado lo digo porque no creo se haya visto jamás un individuo llevando al lado a dos tipos como los de Kitty y Babette. Si no hubiera sido por mi cara de «bull-dog» con hidrofobia, creo que los silbidos no habrían parado un segundo.
En la puerta de la oficina titubeamos. Kitty tenía el coche allí, aparcado, pero Babette no quiso ni oír hablar de subir en él.
—Tengo ganas de estirar las piernas —declaró.
—Supongo que hablarás en metáfora, ¿eh? —dije, temiendo lo hiciera al pie de la letra. Me sonrió hechiceramente y asintió con un leve gesto de su cabeza.
Echamos a andar. Kitty me fulminó con la mirada cuando la cogí por el brazo, pero no chistó; comprendía que la cosa tenía que ser así, y antes que celosa enamorada, era un agente de la S. T.
—Demasiada gente —comentó Babette al cabo de un rato, contemplando la que circulaba en el fondo de aquel cañón que era la 3ª Avenida.
—Lo cual quiere decir que los Wrysk escaseáis —objeté.
—Tanto como eso, no; pero no hay tanta densidad de población como en vuestro planeta.
—Un rato de estos te llevaré al Desierto Pintado. Si ves allí una tarántula en diez semanas, te regalo mi paga de un año.
—¿Tenéis sitios desiertos?
Agité la mano:
—Uy, ya lo creo... —y entonces sentí que la mano izquierda de Babette se oprimía contra la que yo tenía en su brazo.
—¿Qué te pasa, nena? —inquirí.
Me miró a mí y luego a dos tipos que acababa de rebasarnos. No les vi nada de particular, excepto que uno de ellos se volvió un par de veces para mirarnos. Luego, acelerando el paso, se ocultaron a medias en la multitud que circulaba por la acera.
—Son dos de los agentes de Wryth —me dijo ella al oído.
Eché mano a la pistola y la dejé allí.
—Ojo, Kitty; prepara la destructora.

La rubia me guiñó un ojo y deslizó su mano hacia el amplio bolso. Drake me había autorizado a disparar sin hacer preguntas, con tal de retener con nosotros a Babette; y nosotros, si queríamos seguir con las orejas pegadas a ambos lados del cráneo, teníamos que conseguirlo al precio que fuera.
Al llegar a la esquina de la calle 37 Este, nos detuvimos un instante. El semáforo decía «Stop» a causa del torrente de vehículos que salían del Queens-Midtown Tunnel, y entonces un coche se detuvo en la acera a nuestro lado.
De momento no le concedí importancia; eran muchos los coches que subían por la Tercera Avenida y que se habían detenido en aquel punto. Pero ninguno tenía una pavorosa pistola ametralladora como la que nos encañonaba a nosotros.
—Suban o les llenamos el cuerpo de plomo —dijo una voz ominosa.
¡Cáscaras, y qué pronto habían aprendido aquellos Wrysk los trucos de los terrestres! Claro es que viendo a Babette, la cosa se comprendía muy pronto.
Pero el hecho indubitable es que una pistola ametralladora nos encañonaba a los tres y que al menor movimiento, tal como habían dicho aquellos seudo forajidos, nos convertirían en un colador.
—Lárgate, Babette —gruñó Kitty.
—Ni hablar —protesté—; sea donde sea, con ella iremos nosotros.
La ametralladora era vista solamente por nosotros. A pesar de todo vacilábamos. Conociendo a los Wrysk, sabía que una vez tuvieran a Babette en su poder, nuestra suerte no se podría comprar por un centavo. Kitty y yo nos miramos, como si tratáramos de comunicarnos telepáticamente nuestros pensamientos.
—Si vuelvo a repetir la intimación, lo haré apretando el gatillo —mascullé el supuesto pandillero.
Yo tenía la mano puesta en la culata de mi destructora; pero el problema era éste: ¿tendría tiempo de sacarla y hacer fuego antes de que nos regasen con balas?
Suspirando, inicié el viraje que nos iba a llevar al interior del coche ocupado por los Wrysk. Y en aquel momento fue cuando Kitty halló la idea salvadora.
Confieso que, si se me hubiese ocurrido a mí, no habríamos salido del atolladero; nadie habría hecho caso de mis piernas.
Pero sí de las de Kitty, ¡caramba! Un grupo de alegres marineros venía en nuestra dirección y ella se aprovechó del incidente. Subiéndose las faldas un poco mas arriba de las rodillas, inició una generosa exhibición de sus torneadas extremidades inferiores.
Como parloteantes monos en jaula del Zoo, los marineros rodearon a mi compañera, chillando y gesticulando divertidamente. Babette comprendió al instante lo que pasaba y no tardó dos segundos en imitarla. El corro de curiosos creció.
Pero se disolvió muy pronto.
Saliendo fuera, me coloqué a un costado del coche. Y empecé a disparar.

Fue una mortal sinfonía de truenos y llamaradas, que disolvió en cortísimos instantes la manifestación provocada por la exhibición de los encantos de las dos chicas. La gente corrió en todas direcciones, suspendida rápidamente su inesperada diversión, y Kitty no tardó en unirse a mi fuego.

La cabeza del tipo de la ametralladora desapareció arrancada de cuajo, y ahora la cosa iba de veras. Un chorro de roja sangre saltó hacia arriba, pero yo no me preocupé del detalle. Variando mi puntería, pulvericé al otro secuaz. Del conductor se encargó la propia Kitty.

Treinta segundos más tarde, el interior del vehículo era un mar de sangre y miembros destrozados. Pitos de guardias y sirenas policiales comenzaron a oírse estruendosamente apenas se hubo apagado el fragor de las explosiones.

—¡Larguémonos! —grité, y tomando a Babette por el brazo, echamos los tres a correr, sumiéndonos en el colosal barullo que había provocado el tiroteo.

No nos convenía ser detenidos para evitar enojosas preguntas, y así en pocos minutos estuvimos lejos del centro de la batalla.

Entonces normalizamos nuestro paso y continuamos como si nada hubiera ocurrido. Pero Kitty estaba a punto de echarse a llorar.

—Necesito una copa —hipó, y al momento giré, bajando unas escalerillas, sobre las cuales había un rótulo que anunciaba toda clase de bebidas y refrigerios.

Nos sentamos los tres en el mostrador. No era muy agradable el interior de aquella cueva, por lo que procuré colocarme en un punto en el que pudiera vigilar todo el local y la puerta además. Pero no ocurrió nada de particular.

Cuando Kitty se hubo tranquilizado, salimos de allí sin ninguna novedad. Ya había caído la noche y entonces empecé a notar que en mi estómago no había entrado nada desde el desayuno.

—Tengo hambre —mascullé.

—Muy bien; vamos a cenar a mi casa. La nevera está repleta y...

—No —dijo Babette de pronto, y los dos la miramos.

—¿Qué te pasa, chica? —pregunté.

—En casa de Kitty, no. Es mi primer día en la Tierra, ¿y no me vais a llevar a uno de esos sitios tan elegantes que tenéis?

Me rasqué la cabeza.

—Tienes razón, Babette, pero...

—¿Qué?

—La ropa. No es adecuada la que llevas...

—Si no es más que por eso, yo le dejaré uno de mis trajes de noche —dijo Kitty—. Somos de parecidas proporciones y no se le notará mucho.

—No hace falta —sonrió Babette—; con una revista ilustrada me sobra.

—Pues qué idiota soy —exclamé—; no haberlo recordado. Compraremos el «Harper's Bazaar» o el «Vogue» en cualquier esquina y así eliges el modelo que más te guste, Babette. Pero con una condición.

Los ojos de Kitty echaron chispas, aunque no dijo nada.

—Lo que tú quieras —repuso la Wrysk.

—Que te vistas en casa de Kitty. Espectáculos en la calle, no, ¿verdad, nena?
—Lo que tú digas, Zaky —contestó Babette mansamente, mirándome de un modo que me hizo olvidar por completo el cuerpo de foca con el que la había visto por primera vez.
En tanto que las damas se acicalaban, me dediqué a escuchar los noticiarios de la radio. No decían nada que yo no supiera ya, pero sí añadían algunos incidentes muy parecidos que, según los comentaristas, empezaban a preocupar a las altas esferas. Pero, cuando Kitty y Babette salieron del tocador, cerré los ojos; aquello no se podía resistir: era preciso tomarlo en dosis pequeñas.
Cuando me hube rehecho, me coloqué en el centro de aquellas dos despampanantes mujeres. Cogí a cada una por el brazo y volvimos a la calle.
El taxi nos condujo al «Granada's», y antes de entrar en la sala, en donde previamente había reservado nuestra mesa, pasamos por el guardarropa. Yo no tenía otra cosa que entregar mi sombrero, pero las señoras debían dejar las capas. Kitty depositó la suya y Babette hizo lo mismo, en tanto que yo, vuelto precautoriamente de espaldas a ellas, vigilaba la entrada atentamente.
Súbitamente un atroz chillido me hizo girar en redondo, con la mano en la culata de la pistola. Pero me tranquilicé al instante; el chillido provenía de la encargada del guardarropa y su emisión había sido provocada por un hecho que a mí ya no me causaba sensación.
Babette había entregado la estola de armiño con la cual había cubierto sus esbeltos hombros, pero se había olvidado de recoger el brazo que había quedado en poder de la encargada del guardarropa. Ésta volvió a romper otro cristal con un segundo alarido.
—¡Ponte el brazo, Babette! —renegué, furioso, y ella obedeció al instante.
La guardarropista desapareció debajo del mostrador; no lo había podido resistir.
Algunos curiosos nos rodearon, atónitos, expectantes. Pero los desalojé.
—No ha sido nada. La señorita es prestidigitadora y se halla de vacaciones. Quiso divertirse un poco y...
Arrojé una furiosa mirada sobre Babette.
—Si vuelves a hacer otra cosa como la que acaba de pasar, te despellejaré viva.
La morena bajó los ojos púdicamente.
—Lo siento, Zaky. Se me fue sin querer.
—Pues a ver cómo te portas de aquí en adelante.
Y tirando de ella, precedidos por el «maître», que no estaba muy seguro de nosotros, nos llevó hasta la mesa reservada.
En el «Granada's» había un pequeño escenario en el que, cuando no intervenía la orquesta, solían hacerlo algunas atracciones. Pero yo no hice caso de ellas y me dediqué a la cena, que devoré con excelente apetito. Babette y Kitty apenas si mordisquearon un poco de cada plato, pero, por el contrario, la primera se aplicó con entusiasmo al espumoso.

—Modérate, Babette —refunfuñé en una ocasión.
Y ya apenas si le hice caso. Mucho me gustaba mirarla, pero mi obligación era vigilar y no hacía más que otear el horizonte en todas direcciones.
Así, pues, no me enteré de que había salido un prestidigitador hasta que lo noté a mi lado. Metió la mano en mi pecho.
—Eso no, amigo —dije con cara hostil, pero el hombre no se amilanó.
—Solamente quería sacarle este naipe del interior de su bolsillo, caballero —sonrió el artista.
Miré a Babette, dándome cuenta de que se divertía mucho, y no vi en ella señales de haber reconocido a uno de los Wrysk en el prestidigitador. Éste continuó mostrándonos sus habilidades y luego se fue a la mesa cercana.
Entonces fue cuando el champaña empezó a hacer de las suyas. El artista extrajo un largo pañuelo de seda del opulento escote de una provecta dama que allí había sentada, y Babette, con voz lo suficientemente alta para que todo el mundo la oyera, exclamó:
—¡Eso lo hago yo mucho mejor que usted!
El prestímano se volvió rápidamente, así como la mayoría del público. Se inclinó en dirección a nuestra mesa.
—El gran Pabbini se sentiría muy honrado si la señora quisiera hacer una demostración de sus palabras.
Me cogí al brazo de la chica. Kitty sonreía, al parecer, encantada, viendo mis apuros.
—Babette, si haces eso que dices...
—Zaky, si no me dejas, suelto el brazo —contestó Babette, y a continuación emitió un hipido.
¡Maldito champaña!
Vacilando levemente, se fue hacia el que a sí mismo se llamaba el gran Pabbini.
—He dicho que lo hago mejor que usted y voy a demostrarlo.
—Veamos, pues, señora.
Babette alargó la mano en dirección a la nariz de Pabbini. Instantáneamente el apéndice adquirió una longitud superior al metro.
La carcajada fue unánime y el artista procuró ocultar la rabia.
—¿Le gustó? —dijo Babette, dando una rápida vuelta en torno a su cuerpo.
Extendió de nuevo la mano y la copa recién llena que había en su sitio voló hacia ella.
Se la bebió de un solo golpe, procurando que la viera bien todo el mundo. Hizo un pase con la mano y la copa volvió a llenarse.
Así, en medio de los estruendosos aplausos de la concurrencia, Babette, en medio de mi nerviosismo y la alegría de Kitty, hizo unos cuantos trucos, hasta que, apremiada por mis furibundas miradas, decidió terminar.
Sin al parecer esfuerzo alguno, se puso sobre una mesa, como si volara. Curvó varias veces el índice y el ahora narigudo Pabbini se acercó mansamente.
Le tocó la nariz con la punta del delicado pie y el apéndice se redujo a sus

normales proporciones. El artista suspiró aliviado, porque era el único que se había dado cuenta de que la trompa había sido de carne y hueso; pero Babette, riendo a carcajadas continuamente, le pasó la mano por encima e instantáneamente las ropas de Pabbini se trocaron de color sangre de toro.
Un atronador aplauso acogió la última demostración de la morena y, en tanto que Pabbini se retiraba, confundido y amargado, ella volvió flotando a nuestra mesa, encendida y sonriente, saludando con las manos por encima de su linda cabecita, a estilo boxeador. Luego se sentó, pero cuando intentó meter mano de nuevo a la botella, dije:
—Se acabó, Babette; para broma y diversión ya está bien. Si los Wrysk han perdido la pista, no tardarán en hallarla. ¿Por qué no te has anunciado en la sección de personales del Examiner?
Puso la mano encima de la mía, lo cual tornó en vinagre la alegría de Kitty.
—Oh, Zaky, con lo mucho que yo te quiero... Te quiero tanto, que no me importaría un pito que fueras el rey consorte de los Wrysk.
—¡Al diablo con los Wrysk y su reina! Yo...
Pero de pronto, el semblante de la chica palideció.
«El champaña —pensé— ya empieza a hacerle sus efectos.»
Sin embargo, me equivocaba. Estoy seguro de que Babette arrojó en un segundo el alcohol de sí misma, y que, si lo había tolerado, era por la diversión que la había proporcionado. Pero ya no había diversión.
Su voz era átona y desprovista de emoción al declarar:
—¡Zaky, están aquí otra vez!

CAPÍTULO V

Arrojé una mirada en torno a mí.
El «Granada's parecía absolutamente normal. Risas, músicas, suaves taponazos de champaña... nada había allí que pudiera indicarnos la presencia de los Wrysk. Cuando menos a Kitty y a mí, que éramos terrestres y ajenos a todo aquello. Fingiendo indiferencia, pregunté:
—¿Cómo lo sabes, Babette? Yo no veo nada.
—Tú no eres un Wrysk.
—Afortunadamente. Pero sigue, nena; estoy muy interesadísimo con las noticias que acabas de darme. ¿Dónde están tus paisanos?
Me fijé en Kitty. ¡Valiente muchacha! Había palidecido ligeramente, pero no había en su bonito rostro la menor señal de miedo. Tenía su mano distraídamente metida en el bolso y estoy seguro de que a la menor señal de peligro, su destructora se convertiría en un rugiente volcán.
Babette pareció de repente muy interesada en examinar la etiqueta de la botella de champaña.
—Aquella señora de cuyo escote sacó Pabbini un pañuelo es un Wrysk. El «maître», ídem. La acaramelada pareja de la mesa inmediata, dos que tal. El

pianista, el saxofonista y el baterista de la orquesta, también. El imponente portero de la entrada, otro Wrysk. El...
—¡Basta, basta, por el amor de Dios! Babette, vas a conseguir ponerme nervioso.
—Ahora lo que interesa es hallar el modo de largarnos de aquí, Zaky —dijo Kitty de repente.
—¿Y cómo? —exclamé con amargura—. Estamos rodeados de esos malditos Wrysk. Ganas me dan de entregarles a Babette...
—No conseguirías nada —repuso la aludida plácidamente—; también os pretenden a los dos.
—¿Eh? ¿He oído bien? ¿Para qué diablos nos quieren a nosotros?
—Se os consideran personas peligrosas, Zaky. Lo menos que apetecen es haceros sus prisioneros.
—¡Rayos! ¿Cómo lo sabes, Babette?
—He conseguido captar algunas de sus conversaciones mentales. Ellos también intentaron introducirse en mi cerebro, pero pude correr a tiempo mis cortinas de defensa mental. Y ahora hablo vocalmente con nosotros, de modo que solamente podrían saber lo que digo de gritar por el micro de la orquesta.
Apoyé mi cabeza en las manos y los codos sobre la mesa. Miré lúgubremente a mi compañera de oficio.
—Kitty, sugiéreme algo para salir de este lío.
La rubia se mordió los dientes. Pensó un segundo y luego dijo:
—Ya está. Busca el cuarto de luces y cárgate los fusibles. Esto se pondrá oscuro y ya veré el medio de largarme con Babette. Tú grita mucho, fuego o algo por el estilo, y a favor del desconcierto que se organizará, quizá la princesa y yo podamos escapar.
Tomé una copa para darme aliento.
—Es una idea muy acertada, Kitty. Si nos separamos, iré luego a tu piso.
—De acuerdo, Zaky. Anda, vete; no creo que se preocupen mucho de ti si te ven desaparecer por la puerta de «Caballeros».
Con perfecta naturalidad, aunque latiéndome el corazón más de lo acostumbrado, me dirigí al lugar indicado por Kitty. Me lavé indiferentemente las manos y luego husmeé por allí en busca del cuarto de la electricidad.
No tardé en hallarlo, en la parte de los camerinos de los artistas. Había allí un par de hombres haraganeando y durante un momento dudé en moverme del sitio.
¿Serían unos Wrysk? Decidí obrar como si lo fueran, aunque procurando no armar escándalo; lo que me convenía para mis fines era quedarme solo cuanto antes.
Caminé hacia ellos como si me hubiera perdido. Uno de los tramoyistas se levantó y me salió al paso.
—Lo siento, señor —dijo—; por aquí no se puede...
No concluyó de decirme lo que no se podía hacer: el cañón de mi destructora cayó sobre su frente con demoledores efectos, y el hombre se desplomó como

un saco al suelo.
Su compañero lanzó un gruñido y se arrojó valientemente hacia mí con ambos puños en alto. Pero en mis manos fue tan inofensivo como el más manso de los corderitos.
Le metí el cañón de la pistola por la barriga, y cuando el fulano, acusando los efectos del leñazo, casi se partió en dos, acabé de desmayarlo con un bien medido golpe tras de la oreja. Hecho esto, me abalancé sobre los conmutadores.
Instantáneamente una total oscuridad se hizo la dueña del local. Sonaron algunos gritos y protestas, pero en tono moderado. Sin dejar de representar mi papel, me lancé hacia el escenario, cuya salida había estudiado con el máximo cuidado antes de apagar las luces.
Al mismo tiempo previne mi encendedor, cuya llama brotó súbitamente al pie de una empapelada decoración. Un rojizo resplandor apareció de pronto y entonces fue cuando solté el alarido de rigor:
—¡Fuego!
En realidad, una persona sensata se hubiera quedado en su sitio sin moverse, pues las llamas apenas si se veían. Pero como aquello casi había coincidido con el apagón, los propósitos de Kitty se cumplieron plenamente.
La concurrencia en masa del «Granada's» inició una ruidosa estampida hacia la puerta. Gritos, alaridos de miedo, imprecaciones, agudísimos chillidos de damas despavoridas, formaron durante unos momentos un descomunal concierto de desastrosos efectos en los tímpanos. Y yo, como ya había realizado mi parte en la función, me dediqué a buscar la puerta trasera.
No tardé mucho en hallarla y me encontré en un callejón oscuro y maloliente. Tropecé con un cubo de la basura y mi reniego fue harto sonoro. A lo lejos comenzó a oírse el gemido de una sirena.
Olvidando mi momentáneo dolor, eché a correr hacia la entrada principal del club. La gente salía por allí atropelladamente, aullando y alborotando como si fueran perseguidos por una manada de toros rabiosos, y alargué el cuello en busca de dos personas.
El tráfico se había detenido instantáneamente en la calle. Había acudido un patrullero policial y otro llegaba a toda marcha, llenando la húmeda atmósfera con el chillido de su sirena. El lío era enorme; pero de Kitty y Babette, ni rastro.
Sonreí satisfecho, y aproveché la confusión para dar media vuelta.
Mi paso fue tranquilo y normal durante unos cien metros. Luego, doblando una esquina columbré un taxi que detuve y en el que me encaminé al domicilio de Kitty.
Para entrar en él hube de recurrir a una ganzúa que llevaba. Me serví una copa y me senté luego al lado del aparato de radio a escuchar las últimas noticias en tanto que aguardaba la llegada de las dos mujeres.
Pero mi espera fue vana; el alba me sorprendió dormido como un lirón; sin que supiera recordar exactamente el momento en que el sueño se había

apoderado de mis párpados, y sin que tuviera la menor noticia de la pareja.
Me levanté, desperezándome y procurando aliviar los dolores causados por la forzada postura del sillón. Enchufé la cafetera y en tanto el agua se calentaba, me fui al visoteléfono.
Marqué un número especial, que solamente debía ser utilizado en las grandes ocasiones. Pero por más que esperé, la pantalla permaneció a oscuras y el micrófono completamente silencioso.
Esto me indicó que el pirata no se hallaba en su casa. Frunciendo el ceño, desperté a la señorita Garden, la cual me dijo muy reticentemente que no sabía nada de Leo Drake fuera de las horas de oficinas.
En vano intenté tantear otros resortes; nadie supo darme la menor razón del viejo, por lo que, tras desayunar, con una taza de café en una mano y un pitillo humeante en la otra, empecé a pensar en la solución más práctica y conveniente para el caso.
Que los Wrysk eran listos lo demostraba el que habían conseguido infiltrarse entre los humanos, confundiéndose con ellos. Pero ¿cómo lo habían conseguido? Naturalmente poseían aquella extraña facultad polimórfica que les permitía sensacionales transformaciones, aunque nunca creí que la cosa llegara a tales extremos. Yo conocía a más de una persona de las que había citado Babette en el «night-club» y sabía que no era nada fácil una suplantación de tal calibre. La explicación de cómo lo habían logrado era algo que sabría a su debido tiempo, aunque por el momento me veía obligado a debatirme en la más absoluta ignorancia.
Terminado el desayuno por completo, realicé unas cuantas intentonas más para localizar a mi jefe, con el mismo éxito que las anteriores. Y en vista de que el asunto se estaba poniendo feo, me dije que llevar a la práctica una idea descabellada que acababa de ocurrírseme no empeoraría las cosas mucho más de lo que ya estaban.
Pedí un helitaxi y monté en él, en el helipuerto que había en la terraza del rascacielos en que vivía Kitty. Le di la dirección de la mía, acicateando al piloto con la promesa de una buena propina, y el aparato partió raudo.
Desde el aire contemplamos los estragos que había causado el hundimiento de la autopista. La catástrofe se había extendido en una longitud verdaderamente escalofriante y era evidente que pasaría un larguísimo espacio de tiempo antes de que pudiera ser reconstruida. Entre tanto, el tráfico había sido desviado por otras rutas y, lógicamente, los helitaxis abundaban más de lo corriente.
Nos detuvimos a pocos metros de mi casa. Pagué al piloto, cumpliendo lo pactado en lo relativo a la propina, y luego me encaminé hacia el edificio.
Saqué maquinalmente el manojo de llaves de mi bolsillo, pero apenas había introducido en su alvéolo la correspondiente a la puerta, cuando una súbita premonición me hizo detener el ademán.
Durante unos segundos estuve así, inmóvil, sin hacer el menor ademán; luego, sin producir el menor ruido, hice girar la llave en la cerradura, dejando abierta la puerta apenas un par de centímetros.

Hecho esto, saqué la llave y retrocedí unos pasos. Busqué algo con la vista, no tardando en dar con lo que deseaba: el rastrillo del césped serviría maravillosamente a mis fines.
Cogiéndolo por el mango, alargué el brazo cuanto pude, apoyando el peine de púas en la puerta. Después, bruscamente, pero de tal modo que yo me situara lateralmente, empujé la puerta.
Un volcán de llamas, con el fragor de un cañonazo, brotó instantáneamente de allí. Los proyectiles abrasaron el suelo, y casi no habían terminado los estampidos cuando dos o tres focas con patas se precipitaron, lanzando en su idioma lo que sin duda debían ser guturales gritos de alegría, hacia el exterior.
Se encontraron con una nada agradable sorpresa: mi pistola.
Los dos primeros desaparecieron convertidos en polvo, en un santiamén. Tan cerca estaba de ellos que la onda explosiva de mis proyectiles me derribó medio atontado al suelo. El tercero pudo, sin embargo, reaccionar y en su mano vi brillar algo metálico que al pronto no supe discernir.
Pero, aún hallándome de espaldas en el suelo, no había soltado mi pistola; cuando entro en acción y la saco a relucir, solamente cortándome el brazo podrían hacer que me desprendiera de ella. Tirando por instinto, lo alcancé en mitad del cuerpo, deshaciéndolo en repugnantes pedazos que se esparcieron por todas partes.
Me incorporé. El olor que salía de aquellos despedazados cuerpos era verdaderamente nauseabundo. Pasando por encima de ellos, seguro de no encontrarme ya con ninguna otra trampa, penetré en la casa.
No me extrañé al ver a una persona sólidamente atada y amordazada en un sillón. La desaté y luego preparé un par de copas, una de las cuales entregué al liberado.
—Vaya susto que me llevé, Zaky —dijo Leo Drake.
—Pensaba que me habían convertido en papilla, ¿eh? —dije, entregándole un cigarrillo recién encendido. Yo hice lo propio y me senté a su lado.
—¿No había motivos para ello, Zaky? —gruñó el pirata—. Te aseguro que no ha sido un trago agradable. Estar ahí sentado, contemplando la cuerda atada al gatillo de la recortada, y esas focas parloteando en su diabólica lengua, refocilándose ante la idea de convertirte en un colador, no es cosa que me guste ver a diario.
Examiné la trampa, muy ingeniosa por cierto. Pero en mi voz había algo de desprecio al decir humorísticamente:
—Yo creí que, viniendo de otro mundo, emplearían algo muy distinto. Esto ya se usaba en el salvaje Oeste de hace casi dos siglos.
—Tengo para mí —dijo Drake muy pensativo—, que les gustan las cosas que hacen mucho ruido.
—Quizá sea porque sus armas son silenciosas, Leo.
—¿Qué armas?
Me encogí de hombros.
—No lo sé; uno de esos Wrysk sacó algo que vi brillar un segundo antes de

que disparara contra él. No tuvo tiempo de usarlo contra mí.
—¿Y no lo has recogido? ¿A qué esperas, idiota?
—Bueno, bueno; no se ponga así; a fin de cuentas, lo que más prisa me corría era soltarle, ¿no?
Drake meneó la cabeza:
—Nunca serás un buen agente de la S. T. y no lo serás porque te preocupas más del individuo que de la colectividad. Tu primer acto debía haber sido recoger su arma. Anda, ve y tráela.
Pero treinta segundos más tarde regresaba con las manos vacías y un gesto de lástima en mi rostro:
—¡No está; ha desaparecido!
El rostro de mi tío se congestionó:
—¿Cómo? —exclamó, encolerizado.
—Lo que oye... Ahí no hay más que pedazos de una carne que, a juzgar por lo que veo se está descomponiendo rápidamente.
—No lo entiendo —se rascó Drake la cabeza—. A no ser que...
—¿Qué? —inquirí anheloso.
—Que esa pistola o lo que sea forme parte integrante de ellos y al morir se haya corrompido también.
—¡Imposible! ¡Era de metal! Lo vi muy poco tiempo, pero lo suficiente para advertir que no era de carne y hueso.
—Es igual —dijo Drake con gesto cansado—; lo que sea, ya aparecerá. Y ahora, ¿qué sabes de las chicas?
—Lo mismo que usted: han desaparecido. ¿Acaso suponía que podían hallarse aquí?
El viejo inclinó la cabeza.
—Tenía unos cuantos agentes siguiéndoos la pista. Cuando provocaste el escándalo en el «Granada's» vieron, naturalmente, todo lo ocurrido. Pero ellos se fueron detrás de Kitty y Babette, que eran naturalmente, las que nos interesan.
—¿Y qué más?
—Pues que no sé nada de nadie; ni de ellas ni de los agentes. Pensé en que quizá a Kitty se le habría ocurrido venirse para acá, pero erré el tiro.
—Lo mismo me pasó a mí.
Y luego le conté la existencia de Wrysk disfrazados de humanos en el «Granada's».
—¿Se da cuenta de lo que eso supone? ¿Quién me garantiza que usted no es un Wrysk?
—No digas tonterías, Zaky —refunfuñó mi tío amostazado—. ¿A quién se le ha podido ocurrir semejante estupidez?
—A mí —dije duramente, y saqué una navajita del bolsillo. Se la tiré y la atrapó al vuelo—. Pínchese, ande; quiero ver el color de su sangre.
—Si los Wrysk se meten en el cuerpo de un humano, su sangre será roja.
—Ya lo sé; pero quiero saber otra cosa, además.

Me levanté y del bar cogí un platillo que le alargué.
Drake me miró asombrado, pero obedeció. Entretanto, en el botiquín del baño había hallado un poco de alcohol, con el que empañé un algodoncito.
Lo deposité sobre el platillo y luego le apliqué una cerilla. El alcohol ardió perfectamente.
—¿Qué pretendes con eso, zopenco? —refunfuñó el pirata.
—Era una idea que se me había ocurrido —contesté desalentado.
Luego yo mismo hice la prueba, pues no estaba muy seguro de no llevar dentro de mí uno de aquellos demonios. Pero, ¿de qué nos servía el experimento si no sabíamos si daba o no resultado?
Miré al viejo.
—¿Qué hacemos?
—Regresar a la oficina —dijo—; allí centralizaremos los informes y además trataremos de hallar a los perdidos.
—¿Ha comunicado a Washington lo que ocurre?
—Sí.
—¿Qué le han contestado?
—Que use mejor marca de «whisky» —contestó lúgubremente mi tío.
Salimos de la casa, y apenas habíamos puesto pie en el jardín, nos detuvimos como clavados por los zapatos en el suelo.
¡Los despedazados cuerpos de los Wrysk habían desaparecido total y absolutamente!
Por más que miramos e investigamos, no pudimos hallar el menor rastro de su anterior presencia en el jardincito. Y entonces, sin saber por qué, un negro presentimiento se apoderó de mi ánimo.
En aquel momento, una voz nos saludó alegremente.

CAPÍTULO VI

FRANK MCLANE era una especie de guarda forestal de aquel condado y vestía el típico uniforme de los de su clase, aunque, como era verano, llevaba pantalones cortos. El ancho sombrero de alas rectas cubría su rostro astuto, en el que sus vivaces ojillos ponían una nota de aguda inteligencia. Una pequeña carabina pendía de su hombro izquierdo.
Nos saludó alegremente y luego comentó:
—Me pareció oír disparos por aquí.
—Fuimos mi tío y yo, Frank; estuvimos haciendo prácticas de tiro. Pero aquí afuera hace mucho calor. ¿No quiere entrar y tomar una copa?
—Agradecido, señor Tenafly —contestó McLane—; realmente, el caminar con este calor tan enorme no tiene nada de atractivo.
Le serví lo pedido, y aunque mi tío no dijo nada, vi que le devoraba la impaciencia. En ocasiones, Drake y yo parecíamos poseer el don de la telepatía.

Después de la segunda copa, le pregunté:
—McLane, ¿le importaría ser sujeto de un experimento?
—Oh, no, señor Tenafly. ¿De qué se trata?
—Simplemente de que se deje sacar unas gotas de sangre. No le haremos daño; esté tranquilo.
El guardia rió.
—Por otra copa de este «Johnny Walker» con hielo y soda les dejo que me extraigan medio litro de sangre.
—Gracias, Frank; le pondremos luego un trozo de tafetán y en dos días ni se le notará.
Mojé otro trozo de algodón con el que desinfecté la cara interna del antebrazo de McLane y luego la hoja del cortaplumas. Mi tío preparó otro trozo de algodón y luego, colocando el brazo del guarda sobre el platito, di un rápido y superficial corte en la carne.
No quise que cayeran gotas; con una docena había más que suficiente. Le di el algodón empapado en alcohol para que se lo pusiera sobre la heridita, y luego observé cómo Leo aplicaba una cerilla al otro fragmento que ya estaba sobre la sangre.
Ésta comenzó a hervir en el acto. Pero hervía de un modo singular, como si en su interior hubiera algún ser a quien le doliera el calor de las llamas. Borboteaba y se agitaba convulsivamente aquel poco de sangre, e incluso me pareció oír un diminuto chillido, como si un ser microscópico ardiera bajo la llama.
¡De repente, el líquido de color rojo se agrupó en un lado del platillo, animado de una demoníaca vida interior, y trató de escaparse de aquel calor que lo consumía!
Mis ojos se dilataron enormemente. Observé fascinado el extraño suceso, pero de súbito una voraz llamarada me abrasó el rostro, al mismo tiempo que sentía un violentísimo golpe en el pecho que me hizo trastabillar y retroceder un par de pasos en agitado tambaleo.
De no haber sido por la oportuna intervención de mi tío, el disparo de McLane me habría atravesado la cabeza. Aún atontado por el estampido, me pude dar cuenta de que Drake se había arrojado sobre el guarda y sostenía una feroz lucha con él.
—¡Ayúdame, Zaky! —gritó Leo con todas sus fuerzas.
Los dos hombres iban de un lado para otro, luchando como dos alimañas salvajes. Y de salvaje alimaña eran los rugidos que se escapaban de la babeante boca de McLane.
Reponiéndome de la sorpresa, me arrojé sobre el guarda. Las fuerzas de éste, o del Wrysk, para ser más exactos, eran descomunales, duplicadas además por la rabia de sentirse descubierto. Gruñía bestialmente y nosotros dos nos sentíamos impotentes para dominarlo.
Un colosal patadón en el vientre arrojó a Leo al extremo opuesto de la habitación. Pero se necesitaba algo más para dejar fuera de combate a mi tío.

Si el Wrysk era una fiera, Leo también lo era cuando convenía y, rehaciéndose al momento, tornó a la carga.
Por mi parte, yo tenía sujeto a McLane por el cuello, rodeándole el cuerpo con las piernas, de tal modo que no podía deshacerse de mí, ya que estaba encaramado sobre sus espaldas. Pero se movía como si en lugar de estar cargado con noventa kilos, fuera una pluma lo que sostuviera, y a pesar de que descargaba rotundos golpes con mi puño sobre su cráneo, detrás de la oreja, no cedía su furia un ápice.
Leo utilizó sus puños como sendos martinetes, descargándolos sobre el pecho del guarda con sonoros y retumbantes golpes. Al fin, la resistencia de McLane empezó a cuartearse y por último, con un colosal puñetazo en plena mandíbula, que habría sido capaz de fulminar a un búfalo, el hombre se desplomó inconsciente al suelo.
—¡Cristo, qué trabajo nos dio! —jadeó mi tío, quien, sin tomarse un solo segundo en recuperar el aliento, arrancó un cortinaje que hizo tiras y con las cuales amarró al guarda.
Me fui hacia el bar; necesitaba consolarme después de la épica pelea, que había convertido aquel trozo de mi casa en un campo de batalla. Miré a mi tío y dije:
—Bueno, en medio de todo, ya sabemos que hay un medio eficaz e infalible para identificar a los Wrysk.
—Sí —repuso Leo con sorna—; y lo podemos aplicar a los trescientos millones de yanquis que hay en un par de días, ¿verdad?
Solté un taco; no había caído en el detalle.
—Cuando menos podemos hacerlo con los sospechosos.
—¿Y quieres decirme quiénes son los sospechosos?
La lógica del pirata era aplastante; no admitía controversia alguna. Sin embargo, no dejó de sentirse satisfecho al reconocer que, cuando menos había capturado vivo a uno de ellos.
—Está bien; lo llevaremos a la oficina central y haremos que venga un pez gordo de Washington. Espero que con una demostración como la que acabamos de hacer se convenza.
—Y de los trozos de carne que dejaron aquellos que liquidé cuando vine, ¿qué me cuenta?
Se encogió de hombros, señalando al caído, que parecía un paquete de Pascuas.
—Éste nos lo dirá. Tengo el coche en la trasera de la casa y lo cargaremos en él. ¡Arriba con el Wrysk!
Pero cuando intentamos cogerlo en brazos, nos dimos cuenta de que pesaba enormemente.
—Esto no es natural —refunfuñé—; normalmente Joe habría de pesar setenta y cinco kilos, poco más o menos.
Drake se acarició la barbilla.
—A menos que los Wrysk sean así de pesados... —mascculló.

—¡No! —exclamé—. Entonces no tendrían la sangre roja, Leo.
—Pues entonces, ya me dirás...
Le miré significativamente.
—Tengo una opinión, Leo.
—¿Y es...?
—El Wrysk se ha metido dentro del cuerpo de McLane. Por lo tanto, tenemos que llevar el peso, no de un cuerpo, sino de dos.
—¿Y por qué no se larga ahora?
—Pues porque en tanto que esté dentro de Joe, se halla sujeto a las limitaciones de la constitución física del hombre y está también desvanecido.
—Y siendo tan hábiles como son en sus transformaciones, ¿no podría haber tomado la figura de McLane?
—Yo opino que no, jefe. Necesita meterse en su cuerpo, para así, apoderarse, no sólo de la parte física, sino de la parte psíquica del ser humano con quien han decidido confundirse. Los recuerdos y experiencias anteriores del hombre les son muy necesarios si obran solos o sin la compañía de un terrestre como ha ocurrido con Babette cuando venía conmigo, ¿se da cuenta?
—Parece que tienes razón, Zaky —dijo mi tío, hondamente pensativo—. Sí, eso debe de ser. Un Wrysk de cuya forma humana sospecháramos, podría verse en un aprieto si empezáramos a hacerle preguntas acerca de su pasado o de su trabajo habitual, por ejemplo. Así, ese que tenemos prisionero dentro del cuerpo de McLane, de no haber sido por la prueba de la sangre, habría escapado tan contento luego de habernos liquidado en un momento de nuestro descuido. Además, las culpas de todo habrían recaído sobre el desgraciado McLane, quien, estoy seguro de ello, no recordaría nada al despertar y él sería el primer asombrado de sus crímenes.
—Es cierto, Leo; no hay otra solución. De modo que...
—¡Al coche con él! —gritó Drake, y empezamos a arrastrar aquella mole hacia el monorrueda, cuyos muelles gimieron, protestando agudamente del insólito peso con que se le cargaba.
—Afortunadamente no tienes que cargar con Babette para entrarla en casa si os hubierais casado —rió sarcásticamente mi tío, quien agregó, después de aquella broma que no fue precisamente de mi agrado—. Conduce tú; yo lo vigilaré.
Tardamos más de lo acostumbrado en llegar a la ciudad, puesto que me vi obligado a dar un rodeo y además las carreteras secundarias estaban atestadas de tráfico. Ello hizo que fuera ya una hora muy avanzada cuando llegamos a la oficina.
Frank McLane había recobrado el conocimiento y sólo la amenaza de nuestras pistolas le hizo salir del monorrueda una vez que nos hubimos metido en el subsótano donde se guardaban nuestros coches, con lo cual evadimos al prisionero de la curiosidad pública.
El ascensor nos llevó cuarenta pisos más arriba, en donde estaba la oficina. En cuanto la señorita Garden nos echó el ojo encima, dijo:

—Todo el día anduve buscándole, jefe.
—¿Ocurre algo, Hattie?
El huesudo pulgar de la secretaria señaló a sus espaldas.
—Visita —dijo secamente—. Hace lo menos tres horas que aguardan.
—¿Y los metió dentro de mi despacho?
—Es el único sitio en donde podían estar.
—Pues me parece que tendrán que esperar otro tanto al menos. Ahora tengo una sesión especial y...
Fue interrumpido, porque se abrió la puerta de su despacho.
—¡Hola, juerguistas! —dijo Kitty—. Pasad, pasad; tenemos muchas cosas que contaros.
—Me parece que el cuento va a ser mutuo —refunfuñó mi tío, harto ocupado, como yo, en tirar del cuerpo de McLane que se resistía a pasar.
Un par de suaves golpecitos con el cañón de la destructora acabaron de convencerle y luego cerramos firmemente detrás de nosotros.
No sé por qué, pero me alegró el ver allí a Babette, tan compuesta como si se dispusiera a salir de paseo. Pero puse un gesto adusto; después de lo que habían tratado de hacerme sus paisanos y sabiendo lo que ella era, por más que manifestase sernos adicta, no estaba seguro de que en cualquier momento le diera la ventolera y cambiara su rumbo.
—¿Por qué traéis aquí a Joe? —inquirió Kitty, la cual, por haber estado en alguna ocasión en mi casa, no dejaba de conocer al guarda.
—La figura es de Joe, pero el contenido es Wrysk —dijo muy seco el jefe.
—¡No!
—Sí; y pregúntaselo, si no me crees, a Babette. Ella podrá confirmar mis palabras.
Kitty se volvió hacia la morena, interrogándola con la mirada. Babette no se movió de la cómoda posición en que se hallaba. Miró a Joe.
—Acércate —dijo, y ante nuestro profundo asombro, el guarda obedeció con infinita mansedumbre. Se arrodilló ante ella, murmurando algo en su idioma, lleno de agudos silbidos y estremecedores chirridos.
De pronto, Babette se puso en pie. Sus ojos arrojaban llamas y una furibunda expresión de ira había aparecido en su rostro, que se había puesto encarnado al oír hablar a Joe. Disparó su pie derecho, y el guarda, tras dar una soberbia voltereta sobre sí mismo, fue a caer al lado opuesto del despacho, en medio de nuestra estupefacción y en tanto que de la boca de Babette continuaba saliendo un chorro de palabrotas en su endemoniado lenguaje.
Tambaleándose, con el aspecto de un perrillo faldero, Joe se puso en pie.
—¡Rayos, Babette! ¡Vaya una manera de tratar a la gente!
Ella me miró todavía airada.
—Y si estuviera fuera del cuerpo de McLane lo mataría por haber intentado hacerlo con vosotros. Ofender a uno de mis amigos es cosa que en lo que vosotros diríais Wryslandia se paga con la muerte.
—Pues sí que gastáis malas pulgas —dije, y luego pregunté—: Bueno, ¿y se

puede saber qué es lo que hicisteis cuando salimos del «Granada's»?
Kitty dio un paso hacia nosotros.
—No fuimos a mi casa; rectifiqué en la calle, y nos buscamos una pensión barata en donde hemos pasado la noche. Pero también allí nos descubrieron y a la madrugada hubimos de salir corriendo, hasta conseguir despistarlos. En fin, si contara nuestras aventuras, no pararía en dos horas de hablar. Todavía no sé cómo hemos podido llegar hasta aquí.
A mi vez conté yo lo ocurrido y una vez hube terminado, dije:
—Babette, ¿qué era aquello brillante que llevaba el Wrysk en su mano? Bueno, mano o lo que fuera; a mí me pareció más un seudópodo, un falso tentáculo, para que lo entiendas.
—Era un arma de las que usamos en nuestro planeta y que puede hacer morir a un hombre por medio de una descarga eléctrica de alto potencial. Hubieras quedado carbonizado en un segundo.
—¡Diablos! No deja de ser un consuelo; por lo menos así no padece uno. Después me pregunté por qué habían desaparecido los fragmentos de sus cuerpos.
—No desaparecieron —contestó ella sencillamente—; se reunieron y se marcharon.
Miré a Leo; éste parecía muy interesado en el diálogo y jugueteaba inocentemente con un abrecartas.
—Conque se marcharon, ¿eh? ¿Y por qué no volvieron de nuevo a la carga?
—Supongo que temerían los efectos de tu pistola, Zaky; no quisieron arriesgarse por segunda vez a ser partidos en mil pedazos, pues o no hubieran podido rehacerse o les habría costado mucho más que la primera vez. Tenemos propiedades que a vosotros os parecen maravillosas, pero que, de todas formas, también tienen su límite. Estoy segura de que ahora se encuentran en la nave hospital, sujetos a una cura nada agradable y pasará mucho tiempo antes de que vuelvan a ser lo que eran.
Moví la cabeza.
—¡Bonito panorama! —grazné—. Cuando me encuentro con un Wrysk y lo haya pulverizado, cogeré sus pedazos y los meteré en una caldera de agua hirviendo; si después de esto...
—¡Un momento, Zaky! —dijo Leo entonces—. Creo que hablamos más de lo necesario. Búscate un poco de algodón y de alcohol; tenemos que hacer la prueba del fuego con la sangre de las chicas.
Babette y Kitty nos miraron interrogantemente; pero no dijeron nada hasta que hubimos comprobado que no tenían nada de particular dentro de ellas. Sin embargo, no dejó de asombrarme que a la sangre de la primera no le ocurriera nada de particular.
Se lo pregunté.
Se echó a reír cuando me contestó:
—Porque yo soy Babette y no estoy dentro de ningún cuerpo humano. Si me hubiera metido dentro del de Kitty, entonces mi sangre trataría de reunirse

conmigo; pero no ahora, naturalmente, que esas gotas rojas no se diferencian para nada, en su constitución, de las de Kitty. En el caso de McLane la cosa era diferente: en la sangre que le sacasteis había un trozo del Wrysk y ese fragmento quería reunirse con su dueño.
Hubo una pausa de silencio tras la aclaración. Luego yo pregunté al viejo:
—Bueno, ¿y qué hacemos con el guarda?
Babette se adelantó:
—Yo le diré que salga de dentro de su cuerpo —y empezó a hablarle en su idioma, pero la interrumpí.
—¡Un momento! Jefe, Kitty, las pistolas. Babette podrá ser de los nuestros, pero el otro pajarraco no, ¿estamos?
Tres pistolas encañonaron firmemente al guarda en tanto que ocurría el desdoblamiento. El cuerpo de Joe se retorció epilépticamente, como si estuviera preso de mil insoportables dolores durante unos minutos, y luego algo empezó a salir por su boca.
—Babette —dije—, ¿no nos atacará?
—No aquí —repuso ella firmemente—, el Wrysk sólo me obedece a mí; sabe que soy su princesa y podría matarlo definitivamente.
La forma salió del todo, convirtiéndose en una gelatinosa masa oscura, en la cual brillaban apagadamente unos malignos ojos, solamente contenidos por la presencia de la morena. El Wrysk, temeroso, se agazapó en un rincón, pero ni por un solo momento dejó de hallarse bajo la amenaza de tres destructoras.
—¿Que piensa hacer con él?
—Enviarlo a Washington, naturalmente —repuso el viejo—. Así se convencerán de que no abuso del «whisky». ¡Babette!
—¿Qué hay, Drake?
—¿No se moverá esa fiera de ahí?
—No, en tanto yo no se lo ordene.
—¿Y si apareciera ese... ese, vamos, el tipo que quiere atacar a la Tierra?
—Todavía no está aquí, Leo.
—Pero puede estarlo en cualquier momento.
—En tanto no esté seguro de que tiene el terreno abonado, no lo creo.
Leo suspiró:
—No lo cree...; pero no está segura. De todas formas, vamos a ver cómo lo aseguramos nosotros para que llegue sano y salvo a Washington. Zaky, hijo, tú mismo lo llevarás, acompañado de Babette y Kitty.
—Iremos escoltados, ¿no?
—Sí; pero vosotros no lo veréis. Procuraré que la cosa se haga disimuladamente.
—Muy bien, pues, jefe. ¿Cómo piensa hacerlo?
—Lo verás dentro de unos minutos —y lanzándose sobre el intercomunicador, empezó a ametrallar una serie de órdenes.
Mientras tanto, yo me coloqué al lado de la Wrysk.
—Babette —dije—, van a entrar aquí unos cuantos hombres, pues no

pensamos salir hasta que todo esté concluido. Estando tú, no es necesaria la prueba de la sangre; pero quiero que si notas que alguno de tus paisanos se ha colado bajo forma humana, me lo señales. ¿Has entendido lo que quiero decirte?

Me miró con sus insondables ojos negros que me aturdían tanto, a sabiendas de que no era una mujer de mi raza.

—Sí, Zaky —dijo sencillamente.

El medio de transporte que mi tío pensaba utilizar era, sencillamente, una gran caja de vidrio plástico, cuya tapadera fue herméticamente cerrada. El vidrio era lo suficientemente grueso para resistir los ataques del monstruo si éste se sentía desobediente y trataba de escapar, y como Babette nos dijo que podía soportar perfectamente la falta de aire, no nos quedó ningún remordimiento por haberle hecho lo mismo que a las sardinas. Sin tanta compañía dentro de la lata de plástico, naturalmente.

Tres horas más tarde, la caja era cargada dentro de una amarilla furgoneta, con grandes discos rojos en sus costados, en las cuales se anunciaba una popular bebida no alcohólica. Yo me encargué de la conducción y las dos chicas se sentaron a mi lado. Kitty se anticipó, colocándose entre yo y Babette, no sin arrojarnos a ambos una mirada que carecía en absoluto de amistosos sentimientos para ambos.

Di media vuelta a la llave del motor, embragué, y pisando el acelerador, la furgoneta salió arreando por la pendiente de concreto del sótano, sumergiéndose en el fárrago de la chispeante circulación nocturna.

CAPÍTULO VII

Durante largo rato, ninguno de los tres hablamos. La trasera de la furgoneta estaba iluminada y un espejo, hábilmente colocado, nos traía en cualquier momento la quieta imagen del Wrysk, cuya postura no había variado desde que lo arrojáramos al interior del cajón de vidrio. Pensé en el choque mental que sufriría McLane al verse despertar en el hospital, sin tener la menor noción de lo ocurrido, y ello no dejó de divertirme un poco.

Durante un buen rato no ocurrió nada de particular. La autopista, en la noche, era un rosario de luces en ambos sentidos, y el espectáculo, para quien no tenía que estar atento a la conducción, no dejaba de tener una innegable belleza. Las dos chicas cansadas, dormitaban, lo cual me hizo pensar que Babette se tomaba su papel humano demasiado en serio.

Con una mano encendí un cigarrillo que colgué de mis labios. Ya estaba a punto de concluirlo, cuando de pronto, en una de mis frecuentes miradas al retrovisor, advertí algo que no me agradó. El Wrysk había cambiado de postura. Sus ojos me miraban a mí, a través del espejo, y ello me hizo estremecerme: fosforecían como las pupilas de una pantera, pero en rojo.

El Wrysk estaba ahora «sentado», de cara a la marcha. No se movía, pero era

evidente que aguardaba algo. Incluso su lustroso abdomen se agitaba suavemente, con alternativos movimientos como si respirara igual que uno de nosotros cuando se siente presa de una súbita emoción.

Toqué suavemente con el codo a Kitty. Ésta se enderezó:

—Llama a Babette —dije—; el Wrysk está intranquilo.

La princesa se incorporó al instante. Frunció el lindo entrecejo un instante y luego dijo:

—Para la furgoneta, Zaky.

Corté el gas y apliqué los frenos. Sin embargo, no es tan fácil detener un vehículo cuando éste lleva una velocidad lindante con los trescientos kilómetros a la hora.

La aguja del salpicadero había ya bajado de ciento, cuando de pronto me olvidé de todo. Abrí la boca estúpidamente.

Una nave del espacio caía sobre nosotros. Y de que era un artefacto de tal categoría no cabía la menor duda; incluso habría sido capaz de jurar que los Wrysk habían leído las aventuras de Flash Gordon al construirla.

Parecía una lente colosal, de pavoroso aspecto y negro color, más negro aún que el del cielo estrellado, destacándose claramente contra éste. Varias decenas de tragaluces, en dos o tres hileras, todos ellos brillantemente iluminados, contribuían a dar la impresión de que era un transatlántico que se hubiera echado repentinamente a volar.

Pero la espacionave se nos arrojaba encima, despidiendo por sus costados suaves y apagados chorros de verdosas llamas, que no hacían el menor ruido.

—¡Cuidado, Zaky! ¡Nos estrellamos contra ese aparato! —gritó Kitty.

—Ya lo veo —gruñí, echando el pie a fondo en el freno.

Chirriaron los neumáticos al clavarse las ruedas contra el piso de la carretera. Pero, a pesar de todos mis esfuerzos, a pesar del violentísimo empujón que nos causó el frenazo y que estuvo a punto de producir la rotura de mis narices contra el parabrisas, me fue imposible evitar el choque.

No obstante, en el último momento, di un tremendo golpe de volante que hizo virar la furgoneta hacia la derecha, casi en ángulo recto. Pero todo el costado izquierdo de la misma se aplastó contra el de la astronave.

Hubo un ruido espantoso de hierros rotos y maderas astilladas. El vehículo saltó y rebotó de una manera espantosa. Un neumático estalló con violento chasquido. El morro se chafó contra un pequeño talud, el cual fue salvado, sin embargo, y por último, la furgoneta concluyó por caer en un terreno blando, quedando volcada de costado.

Las chicas gritaban que era un contento. Yo me sentía magullado y lleno de dolores por todas partes. Especialmente, la destructora se me había incrustado en el costado izquierdo y veía todas las estrellas sin necesidad de mirar al cielo.

Algo se movió en el interior del coche, agitándolo fuertemente.

—¡El Wrysk! —grité, pero no me hicieron caso.

Al fin, y con no pocos esfuerzos, conseguimos salir al exterior. En el mismo

momento, un deslumbrante chorro de luz cayó sobre nosotros, cegándonos materialmente. Por puro instinto me tapé los ojos con el brazo izquierdo, y en aquel momento un horrísono trueno reventó dentro de mi cráneo.

Cuando desperté, la luz seguía, pero menos intensa. Parpadeé hasta acostumbrar mis ojos al resplandor que me deslumbraba y entonces me di cuenta de que procedía de varias parejas de faros de automóviles, cuyos ocupantes se habían detenido para auxiliarme.

Pasándome la mano por la cabeza, noté un voluminoso chichón en uno de los costados, asombrándome de no tener hundido el parietal. Un tanto estúpidamente pregunté:

—¿Dónde están?

—Dónde están, ¿quiénes? —preguntó alguien.

—Las chicas y el... Las chicas; venían dos conmigo.

Una voz refunfuñó en la oscuridad:

—Accidentes como éstos ocurren cada vez que un conductor se siente un don Juan conquistador y mujeriego.

—¡Las chicas venían conmigo por su voluntad! —grité a aquel desconocido.

El primero que hablara continuó:

—Cuando nosotros acudimos no había nadie; estaba usted solo, desvanecido. Sin duda salió a rastras de la furgoneta y ésta se le volcó encima...

Miré el vehículo, dándome cuenta que estaba en distinta posición a la que quedara tras el accidente. Aquel individuo tenía razón. Y la suerte mía era que el golpe hubiera sido dado de refilón; de haberme alcanzado de lleno en la cabeza, no lo estaría contando.

Todavía vacilando, despreciando los posibles socorros que se me ofrecían, caminé hasta la zaga del vehículo. La puerta estaba abierta y no me extrañó ver, a la vacilante luz de una cerilla, el cajón de vidrio completamente vacío.

Soplé melancólica y maquinalmente sobre la cerilla. El golpe había sido bien dado; hasta calculado exactamente al minuto, en un momento en que la pista estaba menos concurrida.

—¿Llevaba algo importante ahí dentro?

No contesté directamente.

—Quisiera que alguno de ustedes —dije— me llevara hasta un lugar desde donde pueda telefonear.

Un par de coches se me ofrecieron. Elegí el que primero se me antojó y veinte minutos más tarde, el monorrueda se detenía ante la puerta de una de esas cafeterías situadas al borde de la carretera, con poste de combustible, y que no cierra en toda la noche.

Tras agradecer la fineza, me dirigí al mostrador.

—Un café doble, bien cargado —pedí, y luego me fui a la cabina telefónica.

Agité la mano cuando vi al «barman» poner la taza en el mostrador y me la trajeron allí mismo.

Bebí a grandes sorbos la infusión, en tanto me daban la conferencia. Cuando apareció la cara del pirata en la pantalla, le dije:

—Jefe, hemos fracasado; se nos han llevado al Wrysk y de propina a las dos ninfas.
Leo no dijo nada de momento. Apretó los dientes y estudió mi rostro, en el cual se veían unas cuantas señales de los fenomenales golpazos recibidos en el vuelco.
—Demasiado listos, Zaky —dijo al fin—. Ahora enviaré a recogerte. ¿Dónde estás?
Me asomé a la puerta de la cabina.
—¿Cómo se llama este cuchitril?
Procurando contener su indignación el «barman» contestó:
—«Happy Night», y no es ningún cuchitril.
—Gracias, pollo —y se lo comuniqué a mi jefe.
—Está bien, Zaky. Permanece ahí hasta que vayan a recogerte. Si los que acudan no llevan el sello especial de identificación para casos de máximo secreto, dispara contra ellos.
—O.K., jefe. A propósito: ¿qué se hizo de los que iban a escoltarnos? ¿Se tomaron un fin de semana anticipado?
Drake no contestó a la irónica pregunta y cortó la comunicación. Salí fuera y me senté junto al mostrador, pero situado de tal forma que pudiera ver la entrada del local. Pedí un «whisky» doble ahora y encendí un cigarrillo, pensando en lo delicioso que sería para mí hallarme en aquellos momentos en una sala de masaje.
Casi hubieron de pasar dos horas antes de que llegaran los que iban a recogerme. Identificados en forma satisfactoria, me llevaron al helicóptero, que me depositó en la terraza del rascacielos en donde está nuestra oficina.
El jefe estaba allí, en su despacho, paseándose como un león enjaulado. Directamente no me dijo nada, pero su mirada era harto expresiva.
—Lo siento —dije a guisa de saludo, dejándome caer, completamente derrengado, sobre un diván.
Drake continuó sus paseos durante casi cinco minutos. Al fin dijo:
—¿Y bien, Zaky?
—No sé nada; perdí el conocimiento, y cuando lo recobré estaba ya solo. Es decir, rodeado de una turba de automovilistas que...
—¡Basta, no sigas! ¿Qué tamaño crees tú que tenía la astronave?
—Pues... ¿cómo lo sabe usted? —pregunté de repente, muy sorprendido.
—Ya dije que se os daría escolta. Un par de helicópteros volaban por encima de vosotros cuando la nave del espacio os atacó.
—¿Ah, sí? —murmuré con sarcasmo—. Y, ¿qué hicieron sus ocupantes? Divertirse en grande, ¿no?
—No hay diversión alguna cuando a uno le incendian el aparato a trescientos metros de altura, sin darle siquiera tiempo a escapar en paracaídas. Iban prevenidos incluso para esa contingencia, pero no tuvieron tiempo de utilizarlos; se convirtieron en dos bolas de fuego en menos de treinta segundos.

Abrí la boca estúpidamente. Cuando pude reaccionar, dije:
—Lo siento; no lo sabía.
—No te preocupes, muchacho; la cosa ya no tiene remedio. Pero si no obramos con rapidez...
—¿Rapidez? ¿Y de qué sirve la rapidez con unos bichos como ésos, jefe? Saben todos nuestros pasos; adivinan lo que vamos a hacer un minuto después de haberlo pensado o discutido; pueden meterse dentro de nuestros cuerpos, sin saberlo nosotros... ¿Acaso sé yo si tiene usted metido un Wrysk dentro de usted?
—Lo mismo puedo yo decir de ti, Zaky.
—La prueba de la sangre...
—La prueba de la sangre no dice nada ahora. El Wrysk puede estar dentro de ti sin que tú lo sepas. Acabo de telefonear al hospital y me han dicho que McLane ha recobrado el conocimiento, pero que se halla en un estado de amnesia absoluta. Si el Wrysk está dentro de ti...
—Si tal cosa ocurriera, yo no andaría tras de ellos, jugándome el físico constantemente, dispuesto a exterminarlos.
—Pueden hacerte disimular, muchacho; no sabemos, al menos por experiencia propia, cuáles serían nuestras reacciones con un bicho de ésos dentro de nosotros.
—No me lo diga, Jefe —refunfuñé, haciendo una mueca de asco, y en aquel momento anunciaron una visita.
La persona que entró era Bela Daganzo, el segundo de a bordo en nuestra organización. Entró dándose aires de VIP[2] y tomó posesión de la oficina como si fuera suya.
Lo miré con desprecio; él era un burócrata, todo lo eficiente que se quisiera, pero que no sabía qué era jugarse el tipo contra un maleante, y mucho menos contra alguno de aquellos seres extraterrestres. Y nos estaba tratando de zoquetes, beodos habituales y cosas por el estilo.
—¿Sí? —chillé al cabo del rato, harto ya de sentirme insultado y vapuleado —. ¿Y qué me dice usted de los agentes desaparecidos cuando escoltaban a Kitty y Babette en el «Granada's»? ¿Y de los que iban en los dos helicópteros incendiados? ¿También son producto de los sueños inspirados por la borrachera?
Daganzo me miró con benevolencia:
—Joven —dijo sin perder la compostura—, los Estados Unidos tienen muchos enemigos que recurren a los medios más absurdos e inimaginables pero que en ocasiones pueden resultar eficaces, para turbar nuestra paz interior. Yo...
Me levanté muy despacio y de repente le encañoné con mi pistola.
—¿Qué hace usted? —dijo, empezando a sentirse muy alarmado—. ¡Aparte eso de ahí o le degrado inmediatamente!
—¡Zaky! —gritó Leo—. ¡Ten compostura! ¡Suelta la pistola!
No quité los ojos de encima a Daganzo.

—Antes haremos con él la prueba de la sangre. Y procure que su sangre sea terrestre, porque de lo contrario, ¡juro que lo desintegro! Cada vez voy conociendo más cosas de los Wrysk, y si me veo obligado a disparar contra usted, luego llevaré sus restos a un sitio donde puedan electrocutarlos durante media hora, y cuando haya terminado, los arrojaré al horno crematorio.
—¡Zaky! No puedes hacer eso; yo te garantizo al señor Daganzo —dijo mi jefe, alarmadísimo.
—¿Ah, sí? Y a usted, ¿quién me lo garantiza? ¡Vamos, la prueba de la sangre o disparo contra los dos, aunque esto sea lo último que haga en este mundo!
Ante mi enérgica actitud, se vieron obligados a ceder. Preparamos todo, pero cuando Leo se acercaba a Daganzo con la navajita en la mano, éste retrocedió un paso.
Vi en sus ojos una mirada de odio infinito, inhumano, como no puede describirse. Le apunté con la pistola.
—¡Quieto ahí, Daganzo! —dije sibilantemente—. Leo, avisa a un par de muchachos que vengan a amarrarlo.
—¿Y si estuvieras en un error, muchacho? —objetó mi tío.
—Si quiere sacarme de error, que se deje cortar. ¿Qué, se decide, Daganzo?
El VIP no contestó. Sabía que estaba en mis manos y que al menor gesto sospechoso dispararía.
—¡Váyase hacia allí! —le señalé un rincón del despacho, lejos de toda puerta o ventana, con la pistola, y el bicho obedeció.
Continué apuntándole en tanto entraban los dos hombres pedidos, cuya expresión fue de neto asombro al ver el cuadro tan inesperado con que se habían topado. Antes, sin embargo, les hicimos la prueba, y solamente cuando la hubieron superado a nuestra satisfacción, los dejamos intervenir.
Cuando Daganzo estuvo sólidamente atado, mi tío me miró:
—¿Qué piensas hacer ahora, joven? —me interrogó.
—Voy a hacer de cebo. Daganzo será el anzuelo.
—No te entiendo muchacho.
—¿No recuerda la célebre frase de Mahoma?: «Si la montaña no quiere venir hacia mí, yo iré hacia la montaña.» Eso es, cabalmente, lo que pienso hacer.
Los ojos de Leo se abrieron con pasmo.
—¡Zaky! No irás a decir que...
—Lo he dicho ya y no pienso volverme atrás.
—Pero puede costarnos un disgusto. Bela Daganzo es...
—Es una lata, dentro de la cual hay una bestia que no me inspira ninguna simpatía. Si se muere a consecuencia de esto, habrá tenido mala suerte, y el jefe supremo tendrá que buscarse otro segundo. Si la cosa sale bien, nos estará dando las gracias todos los días de su vida.
Leo inspiró fuertemente, dilatando profundamente su todavía poderoso pecho.
—Bien, ¿qué piensas hacer? —inquirió tras una leve pausa.
—Daganzo me servirá de guía. Usted, lo único que tiene que hacerme es proporcionarme un cohete del correo lunar.

—¿Un... cohete del correo... lunar...? Estás loco, Zaky; tú has perdido la cabeza. El «postmaster»3 pondrá el grito en el cielo.
—Yo soy el que va a poner el grito en el cielo. ¡Ah, y haga que lo artillen con media docena de torpedos de esos que revientan por aproximación al objetivo; pudiera necesitarlos!
Leo meneó la cabeza, no muy convencido, pero al fin acabó por hacer lo que yo le pedía. Se dirigió al visoteléfono, aplicándose a hacer una serie de llamadas, en tanto yo me dedicaba a registrar con toda minuciosidad al atado Daganzo.
—¡Caramba! —exclamé cinco minutos más tarde.
—¿Qué ocurre, Zaky? —preguntó mi tío, entre llamada y llamada,
—Esto —dije, enseñándole una cajita oblonga, de unos seis centímetros de longitud. Quité la tapa y unos granos de una sustancia harto conocida de todos nosotros quedaron al descubierto.
Leo miró desaprobadoramente a Daganzo.
—¡Syrtina! Nunca le creí capaz de usarla, jefe.
El aludido no contestó. Nos miró fieramente en medio de un ceñudo silencio. Y yo, sin dejar de vigilarle, me senté frente a él, aguardando a que mi tío resolviera todos los problemas, que no eran pocos, que se oponían a la utilización por parte nuestra de un cohete del correo lunar.

CAPÍTULO VIII

Pasaron bastantes horas, durante las cuales me entregué a un más que merecido descanso, antes de que nos fuera por fin concedida la autorización para utilizar un cohete del correo lunar.
Completamente descansado, como nuevo, desembarqué del helicóptero que me había llevado al astropuerto, dirigiéndome luego hacia el cohete que me aguardaba en uno de los extremos del campo, erecto, brillante, poderoso, esperándome ya sólo a mí para iniciar su partida.
Sin separarse un solo momento de mí, el Wrysk o sea Daganzo, caminó hasta el cohete, en el cual embarcamos. Íbamos sólo los dos, además del piloto, pues así lo requería la empresa. Incluso el piloto era de la S.T.; no convenía que los demás se enterasen y, por otra parte, era muy importante que el piloto fuera un tipo de pelo en pecho, y lo digo porque es la pura verdad, sin falsa modestia.
Los cohetes del correo lunar son pequeños, pero muy veloces y maniobreros. Tienen un alto índice de consumo de combustible, pero los beneficios que con ellos se obtienen superan a tales posibles desventajas. Apenas si hay en ellos sitio para el piloto, las sacas del correo y cuatro literas para otros tantos pasajeros que, teniendo excesiva prisa, pueden pagar un alto precio por su pasaje, o son importantes personajes del Gobierno, cuya presencia se necesita con urgencia.

Antes de partir dije al piloto:
—En tanto no disponga otra cosa, estableceremos una órbita a cuarenta mil kilómetros de altura, dejando los motores parados. Que navegue el cohete libremente; antes de emprender la verdadera exploración, tenemos que hacer algo que resultará mucho mejor allá arriba que no aquí en la superficie.
—Está bien —contestó Billings, que tal era el nombre del piloto, y cuya autenticidad habíamos comprobado ya—; ataremos primero al señor Daganzo a su litera y luego lo haremos nosotros.
El cohete dejó tras sí un incandescente chorro de llamas al trepar hacia el espacio. El sonido se quedó muy pronto atrás y en pocos minutos nos hallamos a la altura requerida. Entonces el piloto inclinó la nave y cuando nos encontramos en la órbita requerida, paró los motores.
Me solté las correas y me puse en pie. Nuestros movimientos en aquel lugar sin gravedad, eran harto fáciles: flotábamos sin peso y habíamos de tener mucho cuidado con los impulsos al trasladarnos de un sitio a otro dentro de la nave.
Amenazando con la pistola a Daganzo, lo hicimos sentar en una silla construida ex-profeso para el fin que la íbamos a utilizar. Lo sentamos e inmediatamente fue sujetado por sólidas abrazaderas, todas recubiertas de materia aislante, a excepción de la que le rodeaba el tobillo izquierdo y otra que tenía en torno de su garganta, ambas en contacto con la piel.
Daganzo no amenazó; se sabía harto impotente para darse cuenta de que era perder el tiempo en vano. Pero su mirada, en un rostro constantemente deformado por el odio más espantoso, infundía miedo, la verdad sea dicha. De todas formas, mientras sólo sean miradas...
A las abrazaderas sin aislante fueron conectados sendos cables cuyo final estaba empalmado al generador de energía. Billings se colocó junto al interruptor graduable y yo me coloqué frente al prisionero.
Empecé a hablar.
—No me dirijo a usted, Daganzo, sino a la fiera que está dentro de su cuerpo. Yo soy el primero en lamentar el daño que le vamos a hacer, pero cuando se trata de la Humanidad entera no podemos andarnos con ceremonias. Queremos saber dónde se encuentra la flota de los Wrysk y en ella la nave en que están prisioneras las chicas. Le ruego conteste por las buenas; me disgustaría utilizar procedimientos muy poco civilizados.
Daganzo apretó los dientes. Y como yo no podía perder tiempo, dándome cuenta que toda persuasión sería gastar saliva en balde, levanté la mano.
Billings hizo funcionar el interruptor a baja potencia.
Instantáneamente el cuerpo de Daganzo sufrió una terrible convulsión. Se agitó epilépticamente al sentir el paso de la corriente y de sus labios, que se amorataron en el mismo momento, brotó un ronco gemido que no tenía nada de humano.
Pero resistió.
—Más, Billings —dije secamente.

El piloto aumentó la intensidad de la corriente. El prisionero hizo temblar la silla y hasta creí que llegaría a arrancarla de los sólidos remaches que la unían al suelo de la cabina.
—¡Basta! ¡Basta! —gritó al fin, en medio de una serie de espeluznantes sonidos que parecían aullidos de fiera.
—¿Hablarás? —pregunté, sin dejar que Billings quitara la mano del interruptor.
—Sí... sí... pero quiten... quiten la corriente... quítenla...
Cualquier terrestre hubiera resistido impunemente el doble de intensidad antes de soltar la lengua. Pero, a lo que parecía, los Wrysk eran particularmente sensibles al influjo de la electricidad, cosa que demostraba el hecho de que en vez de pistolas como las nuestras utilizaran artefactos que lanzaban descargas de tal índole.
Moví la mano y Billings desconectó el interruptor.
—¿Dónde están las chicas?
—En la nave almirante. —En realidad, era el Wrysk el que hablaba por boca de Daganzo, lo cual hacía que éste tradujera a nuestro idioma sus ideas.
—Es decir, en la nave en donde se halla Wryth, vuestro jefe, ¿no?
—Eso es.
—Bien, ¿y dónde se encuentra ese aparato?
Daganzo apretó los dientes.
—Otra descarga, Billings —dije secamente.
El prisionero volvió a retorcerse unos momentos hasta que no pudo resistir más.
Cuando lo vi decidido a hablar de nuevo, hice que el piloto cortara la corriente de nuevo.
—¿Dónde está la nave almirante, Daganzo?
—En la cara opuesta de la Luna. Junto con las demás de la escuadra Wrysk de invasión.
—Perfectamente. Pero todavía no he terminado de hacer preguntas. ¿Cuántos sois?
—Miles, muchos miles.
—Y en la Tierra, ¿cuántos hay?
—Unos centenares, poco más de quinientos.
—¿Tienen todos figura humana?
—Sí.
—¿Copiada como Babette o están dentro de otras personas, como en tu caso y el de Joe McLane?
—Todos están dentro de terrestres.
—No es mala idea; así recogéis nuestros conocimientos, sin perderos un detalle. Pero quinientos son pocos; los localizaremos rápidamente.
—No podréis —se permitió contestar fanfarronamente el Wrysk.
Solté una aguda carcajada:
—No presumas tanto, bestia —dije—. Es cierto que sois muy listos y que

poseéis facultades infinitamente superiores a la nuestra, como esa del polimorfismo. Pero no te creas que los terrícolas somos mancos. ¿Qué piensan hacer con las chicas?
—Con Babette obligarla a que acceda a los planes de invasión de Wryth. Con la otra... no lo sé,
Aquel «no lo sé» me metió el corazón en un puño. Pero procuré disimularlo.
—Danos la posición de la nave almirante.
—¡Diablos! —exclamó de pronto el piloto—. ¿Es que vamos a ir allí?
Me volví en redondo:
Éste tragó saliva.
—Pues... bueno, a fin de cuentas usted es el jefe de la expedición y cuando uno se alista en la S. T. ya sabe a lo que se expone
—Gracias, Billings —repuse—. Ahora, tómele la situación de nuestro objetivo.
Entretanto, yo me dediqué al modo de inutilizar al Wrysk de una manera más efectiva que con unas simples abrazaderas. Y lo hallé de una manera impensada.
Busqué el paquete de cigarrillos y me encontré con la caja de «syrtina» que le quitara a Daganzo al registrarle. Una sonrisa de triunfo apareció en mi rostro. Tomé dos granos y se los acerqué a la boca.
—Trágueselos, amigo. Sin morder, ¿eh? Sólo quiero que duerma un buen rato.
Daganzo vaciló, pero al ver la mano del piloto que no se separaba un momento del interruptor, acabó por acceder. Cinco minutos más tarde roncaba como un bendito y lo transportamos hasta una litera, en donde, para mayor seguridad, volvimos a amarrarle.
—Y ahora —exclamé—, a la nave almirante de los Wrysk.
Billings se sentó ante los mandos y yo a su lado. El aparato se salió de su órbita, emprendiendo raudo viaje hacia la cara posterior de la Luna.
Ante nosotros teníamos una serie infinita de aparatos de localización. Pero el hecho de que a las naves de los Wrysk fuera imposible localizarlas, según había dicho la propia Babette, no dejaba de estremecerme y en más de una ocasión pensé si lo que estábamos haciendo era una disparatada locura. Si ellos nos atacaban, nos destruirían con toda facilidad. Si no querían molestarse por nosotros, pasaríamos a dos metros de ellos, sin darnos cuenta siquiera de ello. El problema era, pues, bastante peliagudo, y por más que me devanaba los sesos no lograba encontrarle la solución adecuada.
Debido a la gran velocidad del cohete, llegamos a la Luna en un espacio de tiempo relativamente corto. Nos sumergimos en su cono de sombra, pues se hallaba con respecto de la Tierra en fase de Luna llena e instantáneamente la oscuridad total cayó sobre nosotros.
Billings redujo precavidamente la marcha, dejándola casi en un paso de tortuga y durante un buen rato nos dedicamos a dar vueltas en torno al lugar que el Wrysk le había señalado, sin hallar nada de particular.

En algunas ocasiones las agujas indicadoras oscilaron levemente, pero su movimiento se detuvo muy pronto. Ni el radar, ni la visión telescópica, ni la visión directa, a través de las lucernas, nos dieron la menor señal de las naves Wrysk.
—Pues ellos nos tienen que ver a nosotros —gruñó Billings, harto ya al cabo de dos horas de inútiles paseos—. Las lucernas están abiertas, los chorros arden... ¿Qué más quieren? ¿A qué esperan para dejarse ver? Ese tipo nos ha engañado, señor Tenafly.
Apreté los labios.
—Si es cierto, le desollaré vivo. Voy a verlo.
Me levanté del asiento y me fui hacia la litera.
Pero apenas me había acercado a ella, cuando estaba tocándole el brazo para sacudirle y tratar de despertarle, me di cuenta de una cosa:
¡Bela Daganzo estaba muerto!
Retrocedí involuntariamente un paso, terriblemente consternado.
—¡Muerto! —dije en voz baja. Pero, ¿cómo es posible...?
Billings se dio cuenta de que algo raro me pasaba y vino hacia mí. También comprobó que Daganzo estaba tan frío como un «iceberg».
—¡Caramba! —exclamó—. La corriente era de poca intensidad; no puede...
Me fijé en el aspecto del muerto. Tenía los labios cianóticos.
—¿Quizá un ataque al corazón? —sugerí. Acto seguido agregué—: Pero, en todo caso, ¿estará también muerto el Wrysk que tenía dentro?
—Sea lo que sea, señor Tenafly, ya no podrá decirnos dónde están sus compañeros. Creo que lo mejor será dar media vuelta, y...
—Si lo hacemos así, si no hallamos sus naves, entonces atacarán ellos. Y a juzgar por lo que he visto —contesté, pensando en la destrucción de la autopista—, no tenemos defensa posible.
Billings se rascó la cabeza.
—Bien, pues usted decide, señor Tenafly. La cosa no me gusta un pelo, ¿para qué negarlo?, pero...
—¡Aguarde un momento, Billings! —grité con los ojos repentinamente iluminados por la luz de una idea interior.
—¿Encontró la solución, señor?
—Algo por el estilo. Algo que, ¡tonto de mí!, no supe ver desde el primer momento. ¡Qué idiota he sido!
—Bueno, bueno, señor Tenafly, deje de insultarse y diga de qué se trata.
—¡Los torpedos, hombre, los torpedos! ¿Para qué los hemos traído?
—¿Y cómo los va a tirar, señor? ¿A ojo? —preguntó sarcásticamente el piloto.
—No me ha comprendido, Billings. Según Daganzo, nos hallamos en el punto de las naves Wrysk. Nosotros, ni el radar, ni el telescopio, somos capaces de localizarlas; pero, ¿ocurrirá lo mismo con los torpedos? Ya sabe que son de los que buscan el blanco y estallan por aproximación. A un cerebro electrónico no se le puede engañar.

Una amplia sonrisa de satisfacción apareció en el rostro del piloto.
—Creo que le he comprendido, señor —dijo, agregando, totalmente convencido—: ¡Vamos a por ellos, señor!
Nos sentamos ante el cuadro de mandos. Billings hizo girar la nave, hasta que sus chorros quedaron apuntando hacia la cara invisible de la Luna y la afilada punta al espacio.
—Dispararemos solamente seis; dejaremos el resto como reserva.
—Sí, señor ¡Allá va el primero!
El índice de Billings se apoyó en un botón e instantáneamente notamos una pequeña trepidación a bordo.
Una larga raya de color anaranjado partió de nuestro aparato, trazada por los chorros del cohete al deslizarse en la negra pizarra del vacío infinito. Su grosor fue disminuyendo paulatinamente hasta casi desaparecer y de pronto hizo un brusco viraje a la izquierda.
—¡Lo encontró, lo encontró! —chillamos los dos al unísono, y entonces, un colosal fogonazo blanco iluminó el espacio.
Durante unos momentos, rayos de todos los colores se esparcieron en todas direcciones, iluminando ampliamente aquella zona. A favor de la gigantesca bengala vimos varias negras siluetas, de forma lenticular, que se agitaron fuertemente, como si sus ocupantes hubiesen sido sorprendidos por la explosión de tipo nuclear.
Con los últimos resplandores de la explosión vimos moverse las naves.
—¡Suélteles un par de torpedos más, Billings! —exclamé.
Dos rayas de luz, una tras otra, volvieron a salir de nuestro cohete. La primera zigzagueó como si hubiera enloquecido de repente, describió un amplio círculo que nos hizo temer no fuera a echarse sobre nosotros, pero al fin, identificado su objeto, se lanzó furiosamente sobre él, en una indudable línea recta.
La explosión sobrevino colosal, terrible, apocalíptica. La nave Wrysk debió estallar también, porque el fogonazo resultó realmente aterrador, en medio de su enorme chisporroteo. El segundo cohete disolvió también otro aparato; pero, cuando más entusiasmados estábamos, un violento choque en el nuestro, con estremecedores crujidos, nos derribó violentamente por el suelo.
Me levanté aprisa, dando la mano al piloto.
—¿Se encuentra bien, Billings?
—Sí, pero, ¿qué ha ocurrido, señor?
—No lo sé; quizá hayamos chocado con algún aparato enemigo. En todo caso, el nuestro no parece haber sufrido ningún daño.
El piloto apretó los dientes.
—Les voy a soltar un torpedo que...
Se interrumpió súbitamente. Estaba mirando en dirección a una de las lucernas de proa y yo seguí con los ojos, instintivamente, la dirección de su mirada.
—¡Allí, señor, allí! —indicó con una mano temblorosa en sumo grado.

Se me erizaron los pelos. Un Wrysk estaba adherido al cristal del ojo de buey y los suyos nos contemplaban con no disimulado odio.
—¡Caramba! —dije—. ¿Acaso estos pajarracos pueden vivir en el espacio?
Noté que Billings tragaba saliva.
—No estamos en el espacio, señor; nos encontramos a bordo de una espacionave Wrysk.
Solté una exclamación sin poderme contener. Eran ciertas las palabras del piloto, desgraciadamente ciertas. La nave enemiga nos había absorbido en su interior, cosa que podía comprobarse por la iluminación que había al otro lado de la lucerna y que no procedía ciertamente del Sol ni de la Luna. En aquel momento saltaron todos los cristales de las lucernas y una turba de Wrysk se precipitó sobre nosotros, reduciéndonos a la impotencia, antes de que pudiéramos hacer uso de nuestras pistolas destructoras.

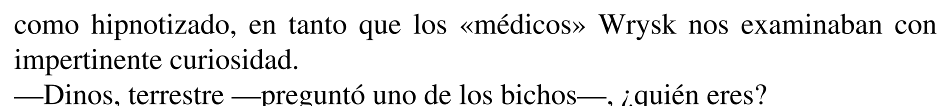
CAPÍTULO IX

Afortunadamente para mí los Wrysk sólo olían cuando estaban hechos pedazos; de lo contrario, creo que me hubiera desmayado, rodeado por tantas focas con patas que me llevaban en volandas, a lo largo de lo que a mí me pareció un interminable corredor.
Aún pude echar una melancólica mirada al cohete que nos llevara hasta allí; tumbado longitudinalmente, hubiera arrancado gemidos de dolor del «postmaster», de su constructor y hasta del que inventó la palabra astronáutica. Pero no parecía haber sufrido graves desperfectos, aunque el ponerlo en marcha, si ese caso llegaba, cosa que dudé mucho, ya sería empeño de los gordos.
A pesar de su aparente deformidad, los Wrysk corrían que se las pelaban. Nos sujetaban sólidamente, impidiéndonos el menor movimiento, pero no nos causaron el menor daño. Una vez se me hubo pasado la repugnancia del primer contacto, me dije que, de haber sido seres humanos, hubiéramos sufrido bastante más.
Terminado el corredor, situado en el sector inferior de la enorme nave del espacio, nuestros captores se metieron en una especie de amplio montacargas que emprendió inmediatamente el ascenso. Veinte segundos más tarde, el ascensor se paró.
—¿Qué piensan hacer con nosotros, señor? —me gritó el piloto, que venía, transportado de la misma forma, como si fuera un torero triunfador o cosa por el estilo, muy cerca de mí.
—Picadillo —repliqué con macabro humorismo, pero de pronto se detuvo la comitiva ante una gran puerta.
Ésta se deslizó a un lado en silencio, dejándonos ver un amplio salón. Los Wrysk nos pusieron en el suelo y, dándonos un fuerte empujón, penetramos en aquel lugar, solos.

Instantáneamente, se cerró la puerta. Rehechos en parte, paseé la mirada por lo que parecía ser el salón del Trono o cosa parecida.
Desde luego era de una extrema simplicidad. No había muebles, excepto unas cuantas sillas, burda imitación, a mi parecer, de las terrestres, que me dieron la idea de haber sido fabricadas aprisa y corriendo. Solamente en uno de los lados, bajo una serie de amplios ventanales, había un gran tablero repleto de instrumentos totalmente desconocidos para mí, lo cual me hizo pensar en que nos hallábamos en la cámara de mandos de la astronave.
Sin embargo, no estábamos solos. Kitty y Babette, ésta todavía en forma humana, lo cual no dejó de alegrarme, se hallaban allí, además de cuatro o cinco Wrysk, uno de los cuales, de mayor tamaño que los demás, debía de ser Wryth, el ser que estaba planeando la conquista de la Tierra.
Allí no nos íbamos a estar eternamente, de modo que echamos a andar. Babette estaba en el centro, con todo el porte de una auténtica reina, y me miró fríamente. En los ojos de Kitty apareció una chispita de esperanza, presta y voluntariamente apagada, no obstante.
—Hola —dijo—; por fin volvemos a vernos.
—Cierto, Zaky —repuso Babette—; «por última vez».
Subrayó deliberadamente la última frase. Me eché a reír.
—Viéndote ahí —contesté—, no me cabe la menor duda. ¿Qué piensas hacer con nosotros?
—Zaky, eres un elemento peligroso para los Wrysk; por lo tanto, me veo en la obligación de eliminarte.
—Me lo suponía, Bab; en tu lugar, creo que yo habría hecho lo mismo. Pero, ¿dejarás marchar a Kitty y al piloto?
Se encogió de hombros:
—¿Por qué?
—Has dicho que soy un elemento peligroso. Una vez esté yo fuera de combate, bien puedes permitirte el lujo de perdonar dos vidas. Además, si pensáis conquistar la Tierra, bien os conviene tener un par de amigos allá abajo.
—¿Qué nos importa a los Wrysk la amistad? Una vez estéis sojuzgados, poco puede interesarnos vuestro odio o vuestra adhesión.
—En tu lugar, yo trataría de procurarme esta última; creo que, experimentalmente, conoces las malas pulgas que gastamos los humanos. Y se necesita mucho para conquistar un planeta de casi cinco mil millones de habitantes.
—Cuando el que transita por la calle no sepa si el que va a su lado es un Wrysk o un terrestre, la desconfianza se apoderará de todo el mundo y el dominaros será cada día más fácil.
Yo también me encogí de hombros; ¿por qué no?
—En fin —dije—, si voy a morir, ¿qué me importan vuestros problemas? Y, si pensabais matarnos, ¿por qué no destruisteis nuestro aparato, con lo cual habríamos muerto mucho antes?

—Lo necesitamos para regresar a la Tierra. Dos de los nuestros tomarán vuestra forma y regresarán diciendo que la expedición ha sido un fracaso y que no ha sido posible hallar rastro de Kitty y de mí.
—Muy bien, Babette —objeté—. Pero los que se disfracen de mí o del piloto, no conservarán el recuerdo de nuestras acciones anteriores; fallarán en más de una ocasión y ello dará lugar a que sean descubiertos un día u otro.
—Las cosas podrían pasar así de no utilizar el extractor mnemotécnico, Zaky —respondió Babette imperturbable.
La miré horrorizado.
—¿Quieres... repetirme... lo que has... dicho...?
—Todas tus acciones pasadas, todos tus conocimientos, toda tu memoria, te será extraída del cerebro. Esto será recogido por la mente de un Wrysk, del Wrysk que tome tu forma... y tu nombre, Zaky.
Sonreí con amargura:
—Que no se os olviden las huellas dactilares, Bab, pues las tengo registradas y podríais fracasar.
—También habíamos pensado en ello, Zaky; pero, de todas formas, gracias por la advertencia.
—Muy bien, pues; ¿cuándo empezamos?
Babette sonrió levemente y luego tocó palmas al estilo oriental.
Inmediatamente, una puerta lateral se descorrió. Cuatro lechos entraron deslizándose silenciosa y suavemente sobre el suelo, y no pude por menos de examinarlos con curiosidad.
Cada uno de los lechos estaba recubierto por una especie de semicilindro transparente, que lo cerraba herméticamente. Estaban unidos por un montón de cables dos a dos, y de cada grupo de cables partía otro, muy grueso, que era el que debía reunirlos, y que terminaba en una especie de mampara llena de cuadros indicadores, esferas, pantallas registradoras y demás zarandajas científicas, de las cuales yo no entendí ni jota; eran totalmente nuevas para mí.
En la cabecera de cada lecho había un gran casco mecánico, muy brillante, al cual iban enchufados los cables que, atravesando el vidrio, unían aquellos artefactos por parejas.
Uno de los Wrysk se destacó súbitamente sin que nadie le dijera nada, deslizándose hacia uno de los lechos. Era el más voluminoso de todos y adiviné al instante de quién se trataba.
—Tú eres Wryth, ¿verdad?
—Sí —me contestó con «mi voz».
—Pues ándate con cuidado allá abajo; hay que ser pero que muy listo para dar el timo a Leo Drake. Vamos, te traspasaré mis conocimientos.
Le di un par de afectuosas palmadas en los «hombros», notando la blanda dureza de aquella reluciente carne extraterrestre. Wryth pareció asombrarse por aquella familiaridad, pero no dijo nada. Yo también me acerqué al lecho, viendo con el rabillo del ojo que Billings, muy pálido, me imitaba, así como otro bicho de aquéllos.

Los restantes se fueron hacia el cuadro de mandos que regulaba las funciones del extractor mnemotécnico. Por lo visto debían de ser los que tenían que llevar a cabo la operación.
Miré hacia el extremo opuesto. El esbelto seno de Kitty jadeaba, subiendo y bajando aceleradamente a causa de la agitada respiración producida por la tensión del momento. Sin poderme contener, le eché un beso con la mano.
Ella me sonrió a través de las lágrimas y me devolvió el beso. Entonces, me tambaleé.
La atención de todos se concentró en mí. Kitty emitió un pequeño chillido.
—¿Qué le ocurre ahora, Zaky? —masculló Wryth.
—Nada... un poco de dolor de cabeza... Tengo aquí... en el bolsillo... unas pastillas que me lo quitarán enseguida... —y antes de que pudieran impedírmelo, saqué la cajita de «syrtina»—. ¿Me permiten?
Tomé dos o tres granos y, aprovechando que la atención de todos estaba fija en mis gestos, miré al piloto y le guiñé el ojo.
Billings me comprendió instantáneamente.
—Esta atmósfera es muy pesada —se quejó —; no sé cómo ustedes pueden resistirla sin que la cabeza les estalle en mil pedazos. Yo también necesito un poco de «syrtina»; cuando menos quiero dormir tranquilo.
Los Wrysk refunfuñaron un tanto, pero acabaron por «encogerse de hombros». Y luego, me acostaron en el lecho.
Noté el frío del casco al ponerse en contacto con mi cabeza. Dos agujas se me clavaron instantáneamente en la piel, produciéndome un momentáneo dolor, que se pasó enseguida. Con Billings ocurrió lo mismo, y entonces Wryth empezó a copiarme.
Abrí los ojos a causa del asombro que aquello me producía. El cuerpo del Wrysk empezó a retorcerse como si estuviera poseído por mil infernales dolores. Poco a poco perdió su forma, ¡pero fue adquiriendo la mía!
Un cuarto de hora más tarde, había allí un exacto duplicado de Zacarías Tenafly, el cual me sonreía insultantemente.
—Espero que ese Leo Drake del que me has hablado no sea tan fiera como lo pintas, Zaky —sonrió Wryth—. De todas formas, poco ha de servirle si se pone tonto. ¡Vamos ya!
No hice el menor gesto. La tapa transparente fue cerrada sobre mi cabeza y empecé a sentir un vago zumbido, al mismo tiempo que noté un débil cosquilleo en los puntos en que los electrodos tocaban mis sienes.
Me sentí sumergido en un mar de ardientes círculos concéntricos.
Primeramente fueron blancos, deslumbrantes; luego su brillantez perdió intensidad, adquiriendo un hermosísimo color azul que duró así unos segundos, girando, girando incesantemente. Los círculos pasaron por toda la escala cromática y cuando llegaron al negro, se fundieron en uno que ocupó todo mi espacio mental. Entonces, perdí el conocimiento.
Cuando lo recobré, me hallé en la misma habitación, sentado en una de aquellas sillas. Billings estaba a mi lado, también sentado, quieto, rígido,



como hipnotizado, en tanto que los «médicos» Wrysk nos examinaban con impertinente curiosidad.

—Dinos, terrestre —preguntó uno de los bichos—, ¿quién eres?

—No lo sé —repuse con voz átona.

—¿Qué hacías antes de venir aquí?

—Lo ignoro.

Mis palabras resonaban huecas, como viniendo de muy lejos y expandiéndose en un gran espacio cerrado.

—No hay duda —comentó el que me preguntaba, dirigiéndose a Babette—; ha perdido la memoria.

—Mejor —repuso la morena—; eso quiere decir que Wryth la posee ahora.

El Wrysk, para asegurarse, decidió proseguir el interrogatorio.

—¿Quieres comer?

—¿Qué es comer?

Noté unos chirridos que debían ser sus risas de aprobación.

—¿Tienes sueño? Sueño es querer dormir, terrestre— me aclaró el Wrysk, por si acaso.

—No; no quiero dormir.

—¿Fumar?

—No.

—¿Beber?

—No.

Hizo brotar de su cuerpo una especie de seudópodo, muy parecido al serpenteante cuerpo de un reptil, que me enroscó alrededor de un brazo.

Tiró de mí y me puso ante las dos chicas.

—¿Las conoces?

—¿Qué son?

—Mujeres terrestres.

—No sé nada, no sé nada... Déjeme en paz.

El Wrysk se volvió hacia Babette.

—Creo que es suficiente; ha olvidado todo, absolutamente todo. Si les dejáramos solos, morirían de inanición. No recordarían qué es comer, beber o hacer cualquier cosa, en fin, que les ayudase a continuar su existencia. Pero...

Las pálidas facciones de Babette se iluminaron súbitamente.

—¡Un momento! Eso que acabas de decir me ha dado una idea.

El Wrysk miró inquisitivamente a la muchacha. Me soltó y yo habría estado allí, incapaz de moverme, hasta que me hubiera caído al cabo de varios días cuando la carne de mis piernas se hubiera negado a sostenerme.

—Comprobaremos tu teoría —dijo la morena—. Llévalos a una celda y enciérralos allí, de modo que nadie pueda socorrerlos en lo más mínimo. Tendremos diversión para unos cuantos días.

El Wrysk asintió. Cogiéndome del brazo, me empujó, y otro de sus congéneres hizo lo mismo con Billings.

Caminando pesadamente, pues casi tenían que enseñarnos a andar, salimos de

aquella cámara. Poco más allá, abrieron una puerta, encerrándonos en una estancia de forma cúbica, sin ninguna abertura, ni la menor irregularidad en toda su lisa superficie, ni tampoco el menor mueble.
La puerta se cerró silenciosamente a nuestras espaldas. Nos quedamos en la misma postura que nos habían dejado, pareciendo dos estatuas humanas que apenas si respiraban.
Moví los labios ligeramente.
—¿Qué tal, Billings?
El piloto me contestó entre dientes:
—¿Por qué no se dedicó al teatro, jefe?
Contuve las ganas de reír que tenía.
—Gracias por la indicación, Billings; cuando los jefazos de la S. T. me peguen la patada, elegiré esa profesión. A propósito, ¿sintió algún dolor?
Billings sonrió.
—Muy buena su aspirina, jefe. Me dormí casi al instante. ¿Qué harán esos pajarracos por la Tierra?
—Compasión les tengo. Han estirado la goma, pero cuando la suelten les dará en medio de las narices.
—En cuanto pueda me tomaré un doble «whisky» para celebrarlo.
—No cante victoria tan pronto, Billings; recuerde que estamos prisioneros y condenados a morir de hambre.
—¡Qué gente tan mala, jefe! Oiga, ¿y vamos a estar siempre así, parados como dos estatuas?
—No sé si nos estarán observando o no, Billings. Lucernas no hay para una visión directa, pero muy bien pudieran haber instalado un objetivo televisor disimulado para espiarnos.
—¡So rusos! —graznó el piloto—. Pues, como también hayan puesto un micro, estamos aviados. Y no tenemos ni un alfiler encima; de otra forma, tal vez podríamos arriesgarnos a volar la puerta a tiros.
—Sí; y al escándalo que se formaría, acudirían todas las fieras del Zoo. No, Billings, tenemos que estudiar un medio mejor para llegar hasta el cohete.
—En tanto que no abran la puerta, no veo la solución, señor. ¿Puedo descansar?
—Arriesguémonos, Billings —suspiré, y abandonando aquella rígida postura, me apoyé contra la pared.
Me registré los bolsillos; me los habían dejado completamente vacíos.
—Con lo bien que nos vendría ahora un cigarrillo, ¿eh, jefe?
—Estoy de acuerdo con usted. Pero aquí está prohibido fumar, aunque no veo el cartelito por ninguna parte.
Las horas pasaron agónicamente lentas y las punzadas del hambre empezaron a roernos las entrañas. Me dije si no acabaría comiéndome las suelas de mis zapatos, pero cuando lo estaba pensando, sentí un chirrido por la parte exterior de la puerta.
—¡A nuestros puestos, Billings! —dije, e instantáneamente adoptamos los dos

la posición estatuaria.
Contuve las terribles ansias que me acometieron de volver la cabeza. La puerta se abrió muy despacio, y luego volvió a cerrarse, tan silenciosamente como antes.
Sentí unos pasos que se me acercaban cautelosamente. Un cálido aliento me cosquilleó en la oreja y una suave voz, harto conocida, susurró:
—Deja de disimular, Zaky.
Me volví de un salto, cogiendo a la muchacha por los hombros.
—¡Kitty! —exclamé, exultante de alegría, olvidándome de lo apuradísimo de nuestra situación.

CAPÍTULO X

El piloto soltó un gruñido.
—¡Cuernos! ¿Cómo ha conseguido llegar hasta aquí, señorita?
Kitty no le contestó directamente. Tenía sus grandes ojos verdes clavados en los míos.
—He venido para llevaros de nuevo a la Tierra —dijo, con acento firme.
La miré, temiendo que sus facultades mentales hubieran sufrido un extravío.
—No, no estoy loca, Zaky; cumpliré lo que he dicho.
Miré al piloto.
—¿Ha oído, Billings?
—Verdad o no —repuso éste—, son las mejores palabras que he escuchado desde que salí de la Tierra. ¿Cómo empezamos la operación, señorita?
—¿Cómo se abandona una habitación? —preguntó ella a su vez.
—Pues... saliendo de ella, naturalmente —dije. Después agregué con sorna—: ¿Y crees que los Wrysk nos dejarán ir así, por las buenas? Y si lo que es totalmente seguro nos atacan, ¿con qué nos defenderemos?
Kitty dio una patadita en el suelo. Apareció de pronto algo en su mano que me entregó, dándome al mismo tiempo instrucciones para su manejo. Era una pistola eléctrica de las que usaban los Wrysk, y con ella en la mano me sentí algo más animado.
—Bien —dije tirando de la puerta—, veamos cómo pinta el juego. ¡Las damas primero!
Pero fui yo quien salió delante, no sin asomar antes la cabeza precautoriamente. El corredor estaba desierto y procurando no hacer el menor ruido, corrimos por él. Reconocí el camino que llevaba a la cámara de mando. Lo mismo le pasó a Billings, el cual no pudo por menos que refunfuñar:
—Esto es meternos en la boca del león, señorita.
El corredor torcía a la izquierda, y de súbito, Kitty tiró de mi brazo, deteniéndome. Los tres nos aplastamos contra el mamparo de metal.
Sentimos unos pasos apagados, siseantes, cuya identificación no tuvo nada de difícil. Al momento casi, un par de lustrosos Wrysk surgieron ante nosotros.

Durante un momento se quedaron estupefactos, y así, en aquella postura les sorprendió la muerte. De la boca de mi extraña pistola brotaron, al oprimir el interruptor que liberaba la energía, sendos rayos de brillante tono verde que fulminaron a los bichos, convirtiéndolos en dos asquerosas masas de negro color que hedían de una manera espantosa.

Saltando por encima de aquel repugnante horror, continuamos nuestro camino.

—¿No habrán detectado los disparos? —pregunté de súbito, y Kitty negó con la cabeza.

Nuevamente nos volvimos a detener, cuando una bestia de aquellas apareció ante nuestros ojos.

Levanté la pistola, pero Kitty me detuvo la acción.

—No dispares, Zaky —susurró.

El Wrysk nos miró con apagados ojos. Se tambaleaba visiblemente y de pronto cayó al suelo, en donde, tras unas cortas convulsiones, se quedó inmóvil.

—¿Se habrá desmayado del susto? —rió Billings.

Sin comprender la extraña naturaleza del suceso, proseguimos nuestro camino. Cuatro o cinco cuerpos más de Wrysk, tendidos inmóviles en el suelo, surgieron a nuestro paso, lo cual me hizo fruncir el ceño, pues no comprendía lo que aparentemente era una matanza.

—¿Qué es lo que les ocurre, Kitty? —pregunté, pero la chica, en aquella ocasión, dio la callada por respuesta.

La puerta de acceso a la cámara de mandos se nos apareció ante nuestros ojos. Kitty se puso un dedo en la boca, recomendándonos silencio y luego retrocedió vivamente un par de pasos.

La puerta se descorrió bruscamente y dos o tres bestias salieron de aquel lugar con torpe paso.

Vacilaban como beodos, tropezando y, de haber tenido rostro humano, habría jurado que incluso reían desaforadamente; tales eran los infrahumanos chillidos que salían de sus «bocas». Pero uno tras otro, al igual que los anteriores, fueron cayendo e inmovilizándose totalmente. Creo que no se daban cuenta de lo que les ocurría.

Pasando por encima de sus cuerpos, pasamos a la sala de mandos. Estaba vacía y no dejé de registrar el hecho con cierta sorpresa.

—¿Dónde están? —inquirí.

Kitty se encogió de hombros.

—¿Y qué importa eso ahora? Guarda la puerta; usted, Billings, venga conmigo.

Sin comprender en absoluto lo que pretendía hacer la muchacha, me quedé en el sitio que me indicara. Ella y Billings se fueron hacia el larguísimo tablero de mandos con el cual, al parecer, se gobernaba la astronave, y comenzaron a manipular en él. Me di cuenta de que Billings obedecía sus indicaciones, pero continué atento a la vigilancia.

Con el rabillo del ojo me daba cuenta de que Kitty se movía con la ligereza del céfiro, yendo de un extremo al otro sin parar. Aquello duró aproximadamente unos diez minutos, pues en ocasiones se detenía para observar cómo marchaba la cosa.
—Ya está —dijo de pronto la chica, y en aquel momento me pareció escuchar, en algún punto de la astronave, algo muy parecido a un grito de mujer.
—¿Oíste, Kitty? —pregunté.
El color desapareció de pronto de su lindo rostro.
—¡Ella! —murmuró, y luego añadió decidida—: ¡Corramos, Zaky!
Pero en el momento en que iniciaba mi carrera, mi pie tropezó con algo que sonó metálicamente.
Me incliné a recoger la cajita de «syrtina», caída al lado de uno de los Wrysk y la tomé en mis manos, totalmente atónito.
—¿Te das cuenta, Kitty? ¡Está completamente vacía!
La muchacha miró el recipiente y luego dijo:
—Debieron comérsela y los envenenó; no hay otra explicación posible.
Me eché a reír, con gran alegría.
—Esto puede ser un arma formidable en nuestras manos, Kitty. A lo que parece, un solo grano es más que suficiente para matar a un Wrysk. De modo que, cuando se sospeche de un terrestre, se le da disimuladamente un poco de «syrtina». Si nació en la Tierra, no le ocurrirá otra cosa que dormir unas cuantas horas; de lo contrario...
—Vamos —dijo repentinamente la chica—: quiero averiguar por qué gritó ella.
Echamos a correr y abandonamos aquel pasillo, descendiendo rápidamente por una escalerilla que nos llevó dos pisos más abajo. Me extrañó que la nave estuviera, aparentemente, vacía.
—¿Dónde están los Wrysk? —pregunté.
—Se han ido —repuso Kitty secamente—. A conquistar la Tierra.
—Pero aquí han quedado algunos —objeté, señalando los cuerpos tendidos.
—Naturalmente; no podían dejar la nave sola.
Sin dejar de correr un solo instante, nos dirigimos, guiados siempre por Kitty. Un par de bichos nos salieron al paso y fueron fulminados antes de que tuvieran tiempo de reaccionar.
Kitty se detuvo junto a una puerta entreabierta, de la cual salían unos sonidos que reconocí instantáneamente como palabras de una conversación emitida en el chirriante idioma de los Wrysk. Escuchó atentamente unos momentos y luego dijo:
—¡Ahora, Zaky!
Pegué un violento patadón a la puerta. Ésta giró bruscamente y al momento nos descubrió un cuadro totalmente inesperado.
—¡Quieto todo el mundo! —grité, aun antes de percatarme de lo que había en aquella estancia.

Sin embargo, apenas lo había hecho, me quedé estupefacto, al mismo tiempo que una helada garra oprimía mi corazón con sus gélidos dedos.
Tirada en un rincón, convertida literalmente en un ovillo, estaba Kitty. Tenía la cabeza torcida en una extraña postura y una de sus manos sobre el pecho totalmente ensangrentado; el tono de su piel era lívido, ceniciento, y a primera vista se advertía que la vida había huido de ella.
Al lado opuesto, Babette, rodeada de cuatro o cinco de sus altos «dignatarios», nos miraba con furia.
Sin embargo, sorprendida por lo intempestivo de nuestra llegada, cubierta por la pistola lanzadescargas, no se atrevió a hacer siquiera el menor movimiento.
—¡Cristo! —exclamó Billings, el piloto, moviendo sus ojos locamente de un lado a otro—. ¡Si hay dos Kitty! ¡Una viva y una muerta! ¿Cómo se explica eso? ¿O es que me he vuelto loco?
—Lo sabrá un poco más adelante, Billings. Ahora..., déjeme; voy a hacer justicia en esa fiera.
—¡Quieto, Zaky! —chilló entonces la Kitty que estaba viva—. Eso me corresponde a mí.
Los Wrysk estaban todos armados. Pero vacilaban en utilizar sus pistolas. Temían que si empezaba el tiroteo eléctrico, aunque me mataran a mí, ellos no iban a salir ilesos del todo. Y esto era lo que les contenía.
Kitty, despacio, clavando su fulgurante mirada en la de Babette, avanzó hacia ella.
—¡Has usurpado un puesto que no te corresponde y vas a morir!
Babette alzó su lindo rostro, agitado por mil contradictorios sentimientos, entre los cuales no era el menor un herido orgullo, y sacudió sus rizos negros.
—No estés tan segura todavía —dijo, desafiante—; puedo destruirte en un segundo.
—¿Y de qué te servirá el matarme? ¿Conservarás acaso tu belleza? No; el primer disparo de Zaky será para ti y te convertirá en una irreconocible masa de carbón. Además, me mates o no me mates, tu suerte está sellada, Babette. Tu suerte y la de tus fieras. Inevitablemente, tarde o temprano, serán descubiertos y morirán. Quizás esquiven la prueba de la sangre; incluso (sé que lo estáis ensayando) lleguéis a superarla; pero no podréis luchar contra la «syrtina». Un solo gramo de la droga basta para matar a un Wrysk tan fulminantemente como con una descarga eléctrica. ¿Qué me dices ahora de eso, Babette?
Los labios de la morena temblaron un momento. Pero enseguida se rehizo.
—Es inútil cuanto hagas; nuestra invasión está en marcha y nada podrá detenerla.
Kitty soltó una carcajada.
—¿Qué me dirías si te contara que Wrysk y al otro han sido detenidos apenas tocaron tierra? Leo Drake los tiene prisioneros, y cuando Leo Drake se empeña en sacarle a alguien todo lo que sabe, lo consigue, no te quepa la menor duda.

El rostro de Babette se transfiguró en una horrenda mueca de odio. Sus ojos despidieron llamaradas de ira. Gritó espeluznantemente:

—¡Matadlos! ¡Matadlos!

Los Wrysk obedecieron. Alzaron sus pistolas.

—¡Al suelo! —chillé yo también, al mismo tiempo que saltaba lateralmente.

Durante unos momentos, no se oyó allí más que un continuo crujido: el de las descargas eléctricas. Pero cuando terminé, aquel lugar estaba invadido por una peste nauseabunda. Babette y Kitty habían desaparecido.

—¡Vamos, Billings! —grité al piloto, que milagrosamente había salido ileso.

Al pasar por junto a uno de los carbonizados cadáveres, Billings se armó de una pistola eléctrica. Salimos de la cámara por la puerta por donde Kitty, en persecución de Babette, había huido, y corrimos tras ellas.

A grandes saltos, la morena era perseguida por Kitty, siempre descendiendo. En el piso inferior había una especie de cubierta, amplísima, en la cual se veía una navecilla espacial de corto alcance, con la cual pensaba sin duda huir.

La gravedad en aquel lugar estaba muy atenuada. Dándome cuenta de que no llegaría a tiempo, me puse en pie sobre una de las barandillas y luego, distendiendo ambos pies, me lancé de cabeza al vacío.

En tanto que iba por el aire, procuré, contorsionándome sobre mí mismo, caer de pie. Pero no soy funámbulo y el choque contra la pequeña espacionave fue más violento que lo que me habría gustado.

Para evitarlo en lo posible, extendí ambas manos, con el resultado de que la pistola se me escapó de los dedos. En el mismo momento, rugiendo de cólera, Babette se me echó encima y alargó sus manos.

Creí morir. Como buena Wrysk, sus fuerzas eran colosales y en cinco segundos mi rostro se puso amoratado, al mismo tiempo que mis ojos se desorbitaban. Ni Kitty ni Billings, ambos ya armados, se atrevieron a intervenir: de haber hecho un disparo la electrocución nos hubiera alcanzado a los dos.

Apoyé mi espalda en la pared de la navecilla. Luego, haciendo acopio de mis últimas fuerzas, levanté las piernas y las disparé.

Aquello sirvió para que, momentáneamente, Babette aflojara la presión de la tenaza que me estaba matando. Entonces Kitty a dos pasos de ella, disparó.

El chispazo la alcanzó de lleno. Durante un segundo, un agónico e interminable segundo, Babette se retorció presa de mortales dolores, en tanto que todo su cuerpo, con increíble rapidez, adquiría un repelente tono negruzco. Se movió un poco y luego se convirtió en un asqueroso montón, informe, de carne quemada.

Me apoyé contra la astronave otra vez. Sin embargo, ahora no se trataba de un desfallecimiento, sino lo que había visto en el segundo que precedió a la muerte de Babette.

¡Su cara había perdido toda su belleza, transformándose en el caballuno rostro de Hattie Garden, la secretaria de Leo Drake!

—¿Cómo... cómo ha sido po... posible tal cosa...? —balbucí, no repuesto del

todo.
—Siempre quiso ser bella y hermosa, amada y deseada por los hombres, y su rostro y su figura se lo impidieron también siempre. Por eso aceptó convertirse en una Wrysk, cuando uno de éstos la sondeó, habiéndole adivinado su debilidad. Pero al mismo tiempo, también quería dominar y por ello tomó mi figura, de la cual se había enamorado. Leyó la misma revista que tú tenías en casa, ¿recuerdas, Zaky?
Me pasé la mano por la frente.
—Sí. Yo me estaba preguntando quién habría tomado tu imagen, pero..., francamente, nunca pude creer, ni siquiera pensar, en que fuera ella.
De pronto, Kitty se puso las manos en las caderas.
—Tú supiste en seguida que yo no era la verdadera Kitty, ¿verdad? ¿Cómo lo averiguaste?
—Solamente un Wrysk podría sospechar de nuestra superchería, Babette —dije, sonriendo débilmente—. Pero, por el amor de Dios, vuelve a tu primitiva figura. Kitty... Kitty está...
Los ojos de Babette, de la legítima Babette, se ensombrecieron.
—Sí; murió porque, mujer al fin y al cabo, adivinó que la que me suplantaba no era yo. Hattie Garden, rabiosa al verse descubierta, no pudo contenerse y la mató. Hattie Garden no pensó en que Kitty sabía que yo estaba enamorada de ti y que jamás debiera haber adoptado una actitud tan fría y hostil como la que tenía al recibiros.
—Está bien, Babette. ¿Y ahora?
—Coge el cuerpo de Kitty; esto va a volar dentro de muy pocos minutos. La muchacha debe reposar eternamente allá abajo, donde nació.
Un cuarto de hora más tarde partíamos raudos hacia aquel brillante globo que, indiferente a la tragedia que se había desarrollado, continuaba girando impertérrito bajo la luz del sol. El rostro de Kitty había adquirido la serena palidez de quien, en aras de una noble causa, ha alcanzado el eterno reposo.
Cinco minutos más tarde, un colosal chispazo incendió el cielo. El fuego se propagó en una grandísima extensión, avivado por las continuas llamaradas de las naves Wrysk que iban ardiendo a medida que la desintegración las iba alcanzando.
Durante unos momentos, el resplandor llenó aquel trozo de firmamento, desprendiéndose de él enormes rayos de todos los colores que alcanzaban extensiones inconcebibles. Luego, poco a poco, la luz fue disminuyendo hasta que, finalmente, el espacio recobró su habitual negrura, únicamente interrumpida por la fría e impasible luz de las estrellas.
No vi en el rostro de Leo Drake el menor signo de debilidad al recibir de nuestras manos el yerto cuerpo de su hija y prima mía; es un hombre curtido y sabe que el empleo de que «disfrutamos» no es el más apto para una vida tranquila... ni muy larga tampoco. Kitty yace ahora en el tranquilo cementerio del pueblecito del Medio Oeste en donde viera la luz por primera vez y estoy seguro de que, en medio de todo, se alegra de que Babette sea mi esposa y no

otra cualquiera.

Porque, con todas sus tristezas y desengaños, la vida prosigue y tiene y exige sus derechos que no le pueden ser negados. Al ceñudo invierno sigue la florida primavera; a los campos cubiertos de blanco, siguen los prados verdeantes; a los arroyos convertidos en helado cristal, siguen las rumorosas corrientes de agua que entonan sus amorosas canciones de vida y esperanza.

Babette es, pues, mi esposa. Pero antes de casarnos me juró que no volvería a cambiar su forma y, la verdad, después de haberse visto ante un espejo con el impoluto traje de novia, no creo que haya nada en este mundo capaz de hacerle quebrantar su palabra.

Los Wrysk restantes, desprovistos de su cabeza rectora, fueron fácilmente cazados. Esto en lo que se refiere a los tenaces en su propósito. Hubo otros muchos que todavía deben de andar por ahí, que se dieron cuenta de lo bien que estaban en un pellejo humano y que todavía siguen con él. Y lo que es más: contentos y encantados de su nueva apariencia; en medio de todo, la vida en este planeta no es todo lo indecente que algunos pesimistas intentan presentarnos.

Leo Drake viene, así como Billings, a visitarnos con mucha frecuencia. Nunca me había acordado de hacerle una pregunta hasta hace muy pocos días.

—¿Cómo supo usted que mi doble y el tipo que representaba a Billings no eran legítimos?

Se echó a reír.

—Tuviste una buena idea al tomarte la «syrtina», muchacho. Por lo visto, desvariaste de lo lindo durante la operación y lo primero que hizo el Wrysk fue hablarme de las huríes del paraíso de Mahoma y temas por el estilo. Tú nunca mencionaste tales cosas, de modo que... Una vez le tuve en mi poder, el resto fue fácil.

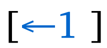
Una de las debilidades de Leo Drake son mis hijos. Los quiere tanto como los que había esperado tuviéramos Kitty y yo, y disfruta enormemente jugando con ellos; cuando tiene un rato libre, claro está.

Aunque... todo hay que decirlo, los chicos han heredado unas cualidades... Hace poco, se me sublevó la mayor, una chica pendenciera y alborotadora, a la que, en honor a Kitty, dimos su nombre. Pues bien, al ir a sancionar aquella falta contra la autoridad paterna, se me convirtió repentinamente en un perrito lastimero y gimoteante. ¿Y quién usaba la mano para calentarle el... ejem... eso...? No lo puedo remediar, Kitty II es mi debilidad; y la de su madre, naturalmente.

Pero creo que va a ser cosa de que Babette les enseñe a portarse como terrestres. De lo contrario, la verdad, no sé adónde vamos a parar. Uno se casa para tener tranquilidad, ¿no? Cuando menos en casita; el trabajo de la S. T. ya proporciona bastantes sustos para que el hogar sea una prolongación del oficio.

FIN

Notas



Modelo profesional para portadas de revistas ilustradas o anuncios publicitarios.

[←2]

Very Important Person (Persona Muy Importante). (N. del A.)

[←3]

Director General de Correos. (N. del A.)